

UN POCO DE ORDEN

- Relatos -

César Martín Ortiz

© César Martín Ortiz
© De esta edición Institución Cultural El Brócense
I.S.B.N.: 84-86854-81-4
Depósito Legal: CC-66-1997
Imprime: Gráficas Romero

Lo único que puedo esperar es poner un poco de orden en mi vida de una manera humana, antes de que se acabe todo orden humano.

EVELYN WAUGH (Retomo a Brideshead)

UN POCO DE ORDEN (Relatos)

VIDA NUEVA

¡Deja que la anciana vecina tome los dátiles del patio!

TU FU

Vimos a la vieja la misma tarde de nuestra llegada a Villa Guadalupe. Habíamos alquilado la casa a ciegas, por teléfono, fiándonos de la palabra del agente inmobiliario local, quien nos aseguró que se trataba de una casa "elegante". Tengo ya cierta experiencia en corredores de fincas pueblerinas y puedo afirmar que sus ideas sobre la elegancia son bastante pintorescas. Cada vez que uno de ellos habla de una casa elegante hay que imaginarse lo peor: adornos de escayola, torrecillas, fachadas falsas, azulejos horribles... Por suerte son cosas que me traen sin cuidado. Cuando hablé con él por teléfono intenté que me proporcionara una descripción más objetiva.

-La casa es enorme, desde luego -dijo-. Tres plantas, seis dormitorios, tres de ellos con su propio cuarto de baño. Luego hay otro baño, un aseo y un cuarto para la lavadora. Salón, comedor, biblioteca, despacho... El dormitorio principal tiene otra salita aneja. En fin, no sé qué más decirle. La cocina es hermosísima...

Según aquella descripción, la casa era demasiado grande para nuestras necesidades, y además sólo íbamos a ocuparla un mes; pero no había otra disponible en el pueblo, o al menos eso afirmaba el agente, y yo no tenía modo, desde Madrid, de comprobar si era cierto o no. Le había insistido en que tuviera jardín para que Lola y la niña tomaran el aire y el perro pudiera desfogarse. Villa Guadalupe, pese a su desaforado tamaño, era lo que más se parecía a lo que buscábamos.

-Tiene su piscina... -Seguía el hombre.

-¿Piscina, dice usted?

-Sí, sí, cómo no. No es muy grande, pero en fin, para dar unas brazadas es más que suficiente. Ustedes no serán campeones de natación, ja, ja.

-No, no lo somos.

-Era una broma. Pues como le decía, tiene toda la independencia que quiera; el jardín tiene su muro y su verja. Pero al mismo tiempo están en la calle principal del pueblo, con todo a mano.

-Bien -dije-. Me fío de usted. Más de una vez me he llevado una sorpresa.

-¡Hombre, por Dios! Nadie ha tenido nunca quejas de Aniceto Romero. Es mi nombre.

-Ya, ya sé. El precio es lo que me parece un poco alto.

-Me hago cargo. De todas formas, como son ustedes pocos, estoy autorizado a hacer una rebajilla. El dueño de la casa lo que quiere es venderla, y mientras tanto prefiere tenerla ocupada, así que no hay inconveniente en bajar un poco el alquiler.

De pronto me pareció que todo era demasiado bueno, y esta clase de situaciones en apariencia tan satisfactorias me provocan una intensa desconfianza.

-¿No habrá algo que no ha querido contarme. Romero? -dije-. Ande, sincérese.

Al final conseguí que me lo contara. Había un pequeño inconveniente, que en realidad no era un inconveniente, como se apresuró Romero a manifestar, pero que era algo de lo que, honestamente, tenía el deber de informarme. Por lo visto, dentro del recinto había otra casa, una casa pequeña que en principio fue edificada para la servidumbre de la casa grande. Esta otra vivienda tenía dos entradas: una daba directamente a la calle y otra daba a "nuestro" jardín. Era lógico que los criados tuvieran acceso directo a la casa grande sin tener que salir a la calle, dar un rodeo y entrar por la cancela del jardín. En todo caso, no debía preocuparme porque Romero había hecho condenar la puerta interior de la casa pequeña.

-¿Para qué condenarla, si está vacía? -Pregunté.

Aquel era el pequeño inconveniente: la casa en cuestión estaba habitada. Por ciertas antiguas cuestiones de herencia, la propiedad se había dividido. La casa pequeña pertenecía a una anciana señora que vivía sola y que no tenía ningún parentesco con los propietarios de la casa grande. Estos habían intentado reunificar la propiedad comprándole a la vieja su casita; incluso se habían ofrecido a canjeársela por un piso nuevo, pero la vieja no daba su brazo a torcer.

-Esta señora está prácticamente inválida -concluyó Romero-; así que es imposible que les dé molestia alguna. Todo lo más, curiosear por las ventanas tuyas que dan al jardín de ustedes. Pero pasar al jardín o a la casa, ya le digo que no puede.

-Bueno, qué le vamos a hacer -dije-. El último favor. Romero.

-Siempre a sus órdenes, doctor.

-Que limpien la piscina y la llenen, ¿vale?

-Lo que usted mande.

El treinta de junio lo dediqué a dejar en orden todos los asuntos del hospital. Ya tenía entregadas las notas de los alumnos de la Facultad y había expirado el plazo para formular reclamaciones sobre los exámenes. No tuve ninguna: desde mi infarto me propuse no volver a tenerlas y lo conseguí. A mediodía pedí un taxi para ir a recoger el Opel Frontera al taller: siempre mando hacer una revisión a fondo antes de las vacaciones. Saliendo del hospital me crucé con Garcés, el anestesista.

-¿Qué pasa, gran jefe? -me saludó-. ¿A mirar pajaritos como todos los años?.

-Efectivamente -le dije con toda la frialdad de que fui capaz.

-¿Dónde es esta vez?

-Ya sabes que no lo digo nunca.

-Totalmente ilocalizable, ¿no?

-Eso es.

Me molestaban las confianzas de Garcés. Mientras estuvo casado con su primera mujer la humilló de todas las maneras imaginables. Cuando obtuvo el divorcio se casó con una enfermera joven que era entonces su amante. Según todos los comentarios, ya había empezado a engañarla a ella también. El hecho de que yo me hubiera divorciado de Elena y vuelto a casar, igual que él, con una enfermera joven parecía haber modificado su actitud respecto a mí. Mientras Garcés era el crápula, la oveja negra, y todos los demás teníamos unas vidas más o menos ordenadas, nos miraba por encima del hombro, como a viejos caducos y rutinarios. Pero a raíz de mi divorcio y mi segundo matrimonio me trataba con un aire de complicidad irritante, como si los dos formáramos parte del mismo club, cosa que ni de lejos era cierta.

Para empezar, yo nunca le fui infiel a Elena mientras nuestra relación tuvo algún sentido. Mi infarto -hace cinco años, recién cumplidos los cuarenta y dos- lo precipitó todo; me hizo reconsiderar el tipo de vida que llevábamos y desencadenó una crisis que estaba latente desde hacía tiempo y ante la que ambos habíamos cerrado los ojos. Claro que yo conocía a Lola antes del divorcio, pero entre nosotros no sucedió nada que pudiera poner a Elena en evidencia. El deterioro de nuestro matrimonio y su posterior ruptura no me han hecho perderle el respeto: Elena era y será siempre una auténtica señora, y yo siempre la trataré como tal.

Recogí el Frontera en el taller y me dirigí al piso de Arturo Soria: Elena se había quedado con el chalet de Las Rozas y con el Volvo. Lola tenía la comida preparada y la niña miraba la televisión.

-¿La acuesto un rato mientras comemos? -preguntó Lola.

-No, déjala que vea la tele -dije- Mejor que se duerma luego en el coche, así no se marea. Tráeme el mapa de carreteras.

-¿Otra vez? Te lo debes de saber de memoria.

-Casi -dije-. No quiero tener que parar en cada cruce a ver si voy bien.

Estudié nuevamente el mapa mientras comíamos, aunque, como dijo Lola, me lo sabía de memoria. Terminé de comer y, mientras Lola ordenaba un poco la cocina, revisé el equipaje para cerciorarme de que no nos dejábamos nada. Comprobé mi ropa de camuflaje, los prismáticos y el telescopio, los cuadernos de campo y las guías. También metí un bloc de papel acuarela, colores y pinceles: las explicaciones en la pizarra del anfiteatro de la Facultad me habían obligado a aprender algo de dibujo, pese a que ni siquiera de niño me gustaba. Había

incluso asistido a una academia nocturna y me consideraba un dibujante pasable. Ahora aprovechaba esa habilidad adquirida con esfuerzo, sin talento ni afición, para completar mis estudios ornitológicos de los veranos. Gracias a los rápidos esbozos de pájaros que hacía en el campo y coloreaba posteriormente en casa, descubrí el placer de dibujar, que no puede compararse con la fotografía.

Dudé si llevar o no una carpeta donde guardaba apuntes y fichas para una monografía que estaba preparando. No sobre aves -no soy más que un aficionado reciente- sino sobre mi especialidad: la cirugía abdominal. Me pagaban bien, pero me resistía a contaminar mis vacaciones con cualquier actividad relacionada con la medicina o con el dinero. El infarto me cambió la vida, y sería un suicidio volver a incurrir en los mismos errores. Abandoné la actividad privada y las asesorías, y dejé el laboratorio de análisis en manos de mi socio. Abandoné los bares y el squash, entre otras muchas cosas. No hay que decir que no vivía tan bien como en mi primer matrimonio, pero estaba firmemente dispuesto a aprovechar aquella segunda oportunidad que se me ofrecía, a no convertir mi segundo matrimonio en un calco del primero. Hay quien dice que las personas no cambiamos nunca, pero es seguro que el que piense así no ha pasado por lo que yo pasé. Creí morirme; creí que todo terminaba para mí. Mi recuperación, tópicos aparte, fue un segundo nacimiento; pero un nacimiento que contaba con las ventajas de una experiencia y una memoria. Decidí no llevar la carpeta,

Me cercioré de que Lola había cortado la luz, el agua y el gas. Eché el cerrojo de seguridad y bajamos en el montacargas con las maletas. Ya estábamos cargando el coche cuando Lola dejó escapar un grito: nos habíamos olvidado de Boris.

Boris era el perro de Lola. Al menos era su perro en el sentido de que ella lo había comprado y cuidado de cachorro, pero su indiferencia hacia ella, hacia mí y hacia cualquier otro ser vivo no permitía albergar grandes esperanzas respecto a su afectuosidad. Era un perro siberiano, uno de esos perros de trineo que se pusieron de moda hace algún tiempo. Lola se encaprichó hace dos años porque la niña iba a la guardería y ella se sentía sola en casa. La estampa del animal era preciosa, con sus ojos azules y su cabeza de lobo ártico en miniatura, pero, no sé si por el clima, no se comportaba como uno espera que se comporten los perros: no acudía al oír la puerta, desobedecía las llamadas, detestaba los juegos y pasaba el tiempo dormitando debajo de una cama. No era extraño que nos hubiésemos olvidado de él: pasábamos días enteros sin acordarnos de que había un perro en casa.

Le tendí el llavero a Lola.

-Venga, sube por él rápido, mientras termino de cargar el coche. Si fuera un perro como los demás...

Lola echó a correr hacia el portal. Yo no podía seguir cargando el coche y vigilar al mismo tiempo para que la niña no saliera a la calzada. Le dije a Lola que la subiera consigo. Cuando bajaron las dos en compañía de Boris vi que la niña llevaba algo a la espalda: era mi carpeta de apuntes. Había metido los brazos por las gomas como si se tratara de una chaqueta. Le pregunté por qué la había cogido.

-Es mi mochila -dijo.

No había tiempo de subir otra vez; me había propuesto que no llegáramos de noche al pueblo. Dejé que la niña se quedara con la carpeta y le di a Lola las llaves del coche: ella conduciría la primera mitad del trayecto y después pararíamos a tomar café y me pondría yo al volante. La razón era que Lola podía correr a su gusto por la autovía, pero cuando llegáramos a las carreteras locales y comarcales prefería llevar yo el coche. Antes de salir de la M-30, Boris ya se había dormido acurrucado en el piso.

Era aún de día cuando llegamos a Tolmera. El nombre del pueblo me saltó a los ojos mirando un atlas, que era el método que utilizaba para elegir mis destinos veraniegos. Una tolmera es un sitio donde abundan los peñascos. Probablemente habría collalbas, y quién sabe si llegaría a ver alguna de las pocas águilas perdiceras que sobreviven. No tengo ningún motivo para preferir un sitio a otro; suelo guiarme por ese tipo de intuiciones o caprichos. Lo que sí procuré fue informarme acerca del biótomo que me iba a encontrar: podía darse que la pobreza ornitológica no compensara el viaje y la estancia. La enciclopedia aseguraba que era una zona de bosques húmedos, con abundancia de robles y castaños y una orografía complicada, hendida por docenas de gargantas que traían el agua de las cercanas cumbres. Esta información terminó de decidirme.

Todos los veranos, desde mi infarto, buscaba en el mapa un pueblo al azar, alquilaba una casa y me trasladaba a ella durante un mes para observar a los pájaros. La idea se me ocurrió durante mi convalecencia, poco antes de irme a vivir con Lola. Mi hijo Raúl, de niño, era un apasionado de las aves, y hasta su adolescencia -cuando se desinteresó de todo lo que había constituido su mundo infantil-, logró reunir una pequeña biblioteca. Durante aquellas semanas de inactividad estuve repasando los volúmenes con un creciente interés. Aprendí a distinguir los pájaros por su aspecto y a nombrarlos según la taxonomía de Linneo - los nombres vulgares no sirven: son vagos e imprecisos, varían de una región a otra y muchas veces confunden especies sin ningún parentesco.

También aprendí algo muy importante: el ornitólogo aficionado no persigue más que la observación: no tiene ni medios ni competencia para realizar la labor del biólogo profesional: no pretende redactar tratados ni realizar estadísticas; no cura ni alimenta a los pájaros, no los anilla ni estudia sus excrementos; no es cineasta ni fotógrafo ni pintor -aunque pueda servirse de la fotografía o de la pintura como actividades complementarias-; no es, por supuesto, un cazador. Sólo observa y colecciona sus observaciones como otros coleccionan trofeos. En los encuentros de ornitólogos se cambian impresiones sobre los avistamientos realizados y cada uno exhibe las anotaciones de sus cuadernos de campo. Quien ha logrado ver un pájaro raro o huidizo, fuera de su estación o de su habitat natural; quien tiene en su cuaderno un ave singularizada por cualquier motivo es merecedor de la admiración y hasta de la envidia de sus colegas. No tiene sentido mentir: no se gana ni se pierde nada. La observación es un instante único, de indescriptible felicidad, y el cuaderno se convierte en un documento sagrado. Ningún auténtico ornitólogo sería capaz de falsificarlo, porque ello equivaldría a falsificar la raíz de su propia tarea. Quien lo hiciera no merecería el nombre de ornitólogo y él sería el primero en saberlo. ¿Qué sentido tendría su mentira? Una buena observación no es remunerada más que con la recompensa personal de haberla realizado y, eventualmente, con un efímero prestigio ante los compañeros. ¿Qué podrían importarles cualquiera de estas dos cosas a alguien que no fuese un verdadero ornitólogo?

Fue precisamente este aspecto lo que más me atrajo: la observación ornitológica es una tarea difícil y paciente, a veces cara y con frecuencia penosa: hay que luchar contra el monte, acceder a sitios peligrosos, soportar el clima. Todo esto se hace por nada. Se hace a cambio de un momento irrepetible, de un éxito indemostrable en un pequeño mundo donde no caben la jactancia ni la pretensión.

El pueblo se extendía a lo largo del límite entre la vega y las tierras altas. Lo atravesamos siguiendo la calle principal, larga y sinuosa, hasta llegar a una iglesia edificada sobre un altozano rodeado por un muro de contención. A partir de allí comenzaba un tramo rectilíneo de calle, y a la derecha se alzaban tres grandes casas con jardín: Villa Guadalupe era la primera, la más cercana al muro de la iglesia. La casa era muy grande y de forma aproximadamente cúbica. En la fachada principal, la segunda planta proyectaba un cuerpo saliente sostenido por las columnas del porche. Quizá para compensar, la terraza sobre la cubierta del saledizo estaba retranqueada, de este modo, los cuerpos laterales parecían, cómo no, dos torrecillas.

Detuve el coche ante la cancela del jardín. Romero me había dicho que mandaría una mujer para hacer algo de limpieza y que ella nos abriría. Confié en que estuviera aún en la casa, pues ya se acercaba la hora de cenar: si se había marchado tendríamos que buscar a Romero para que nos diera las llaves. Afortunadamente la mujer nos estaba esperando. Las tiendas estaban ya cerradas y ella no había querido tomarse la libertad de comprar nada para la cena. Se ofreció a traer algo de su propia casa, pero le dimos las gracias y le dijimos que cenaríamos fuera. Nos recomendó el Mesón de Don Fadrique como el mejor restaurante del pueblo, a menos que quisiéramos ir al parador de Foces, un pueblo cercano. La mujer se despidió y empezamos a descargar el coche. Fue entonces cuando vimos por primera vez a la vieja.

Lo cierto era que las dos casas, la pequeña y la grande, estaban mucho más cerca de lo que Romero me había dado a entender: en realidad las separaba un corredor de apenas seis u ocho metros de anchura. La casita de la vieja era de forma alargada y seguía el muro lateral del jardín formando en su parte exterior un callejón muy pendiente entre este muro y el de la iglesia vecina. Estaba edificada sobre la cochera, de modo que sus ventanas eran fronteras con las del primer piso de la fachada lateral de nuestra Villa Guadalupe. En una de aquellas ventanas vimos una forma borrosa: una cara blanca, de palidez uniforme en la que no destacaba ninguna sombra, rodeada de unos cabellos también blancos. Al ver que era observada, la vieja corrió el visillo y, a través de su transparencia, la vimos cubrirse apresuradamente con un pañuelo negro. Tal como me había dicho Romero, su puerta estaba condenada por una tosca obra de albañilería, muy reciente. Era una lástima porque aquella entrada era bonita: se accedía a ella por una corta escalera y tenía un tejadillo con su farol de hierro y una pequeña ventana con reja de forja.

Deje los bultos en el recibidor y salí a buscar la cochera, que debía de estar en la parte posterior. Caminé hasta la esquina del jardín y luego giré a la izquierda y comencé a subir el estrecho callejón. La entrada de la cochera estaba en la esquina, al final de la pendiente. El Frontera podía salvar perfectamente el desnivel, pero la maniobra de entrada sería difícil y yo no quería rozar el vehículo. Junto a la puerta cochera vi la entrada de la casa de la vieja, también metálica y pintada de verde. Regresé al Frontera, lo puse en marcha y rodeé el

altozano de la iglesia; de este modo pude llegar a la puerta cochera desde arriba, por una calle más ancha y con menos cuesta. Encerré el coche sin ninguna dificultad.

Cuando regresé a la casa, el suelo y la mesita del zaguán estaban cubiertos de papeles: mi hija había soltado las gomas de mi carpeta, y mis notas y fichas se habían derramado por el piso. La niña recogía las cuartillas como podía y las iba colocando sobre la mesa. Cuando me vio, se echo a llorar y se refugió tras su madre. La tranquilicé y la besé para que viera que no estaba enfadado con ella. Recogí los papeles de cualquier manera y los guardé nuevamente en la carpeta, sin ordenarlos.

Antes de salir a cenar quisimos conocer el jardín, que se extendía por la parte posterior de la casa y comunicaba directamente con la puerta trasera, la que daba a la cocina. No era muy grande: estaba en su mayor parte plantado de césped, con un sendero de losas que conducía a la piscina. Había dos sauces, dos palmeras y un peral enorme y antiguo. El muro estaba revestido de rosales y celindas, y solamente lo interrumpía una pequeña puerta metálica con verja que daba a la calle de atrás

Allí vimos nuevamente a la vieja, esta vez bien tocada con su pañuelo negro, con las puntas anudadas sobre la frente. Con una mano deformada por la artrosis se agarraba a la reja; la otra sostenía contra el pecho un pequeño bulto envuelto en un trapo sucio. La cara, de rasgos imprecisos, desgastados, era blanquísima y sin arrugas, como si la hubieran frotado con un producto abrasivo. Las cejas eran también completamente blancas, y dos ranuras enrojecidas sustituían a los ojos. Calcule que tendría alrededor de noventa años. Su deterioro era ya grande, como lo atestiguaba el incontenible temblor de su cabeza. Le dirigí un saludo, pero no pareció prestarme atención. Cuando dejamos el jardín seguía allí agarrada a los barrotes de la puerta, con su perpetuo e involuntario gesto de asentimiento.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano. Habíamos tenido la precaución de traer pan de molde, leche condensada, mermelada y café. No desperté a Lola ni a la niña. Desayuné deprisa, saqué el coche y me lancé al campo. Subí por la sierra hasta donde me fue posible hacerlo con el Frontera y luego continué a pie, con ayuda de unos mapas militares. Por la falta de entrenamiento me fatigué extraordinariamente y sufrí algún que otro percance: intentando vadear una garganta, resbalé sobre una piedra lisa y me quede sentado dentro del agua; pude haber roto los prismáticos si no hubieran sido de un modelo a prueba de golpes. La riqueza ornitológica era extraordinaria. Fiché un pico verde y un abejaruco; son especies comunes en España, pero yo no las tenía. Con el sol ya alto decidí regresar. El primer año que salí al campo pasé verdaderos apuros para orientarme, pero ya tenía práctica con los mapas del Servicio Geográfico del Ejército y encontré mi coche sin dar demasiados rodeos. Lola me esperaba para comer y la niña dormía la siesta.

-La vieja esa -dijo Lola- ha logrado ponerme nerviosa. Abrí la puerta de atrás, la de la cocina, para que corriera un poco de aire mientras guisaba. Pues allí estuvo todo el rato, en la verja de atrás, igual que ayer tarde. Cuando terminé de hacer la comida y me vine para acá, allí seguía, meneando la cabeza.

Durante los siguientes días dejamos que la rutina se estableciera por sí sola. No hay nada más absurdo ni más dañino que seguir a rajatabla un horario de planes preestablecidos. Sin embargo, muchas veces nos imponemos a nosotros mismos obligaciones que nos parecerían una tiranía intolerable si nos las impusieran otros. Sé que esto es así porque lo veo a diario y porque yo mismo fui víctima en otro tiempo de esa disparatada obsesión. Había perdido infinidad de momentos agradables, años enteros de mi vida, por complacer a los demás, simplemente por el miedo social a un comentario desdeñoso a mis espaldas: ese miedo que nos hace soportar hasta el final las reuniones más tediosas y las compañías menos deseables para evitar que se hable de nosotros al marcharnos. Aquello no era una forma de vivir, sino una forma de morir, y esto no es ninguna hipérbole: a mí estuvo a punto de costarme la vida. Cuando quise darme cuenta estaba atrapado en un mundo donde era obligatorio restaurar una masía en Calpe o en Altea para pasar el verano, poseer un barco, pagar las altísimas cuotas de ciertos clubes y enviar a los hijos a estudiar al extranjero. Todo eso terminó con mi infarto: no pensaba volver a forzarme lo más mínimo para complacer a nadie.

La única actividad de carácter obligado era la ornitología. No había reglas para el resto de la jornada. Usualmente yo volvía a la hora de comer y después dormíamos una pequeña siesta. A media tarde nos dábamos un baño en la piscina -incluso Boris braceaba con cierto entusiasmo y nos tendíamos sobre el césped al sol declinante. El peral daba unas frutas de mal aspecto, amarillas y arrugadas. Las más maduras empezaron a caer al suelo y las tiramos a la basura por kilos antes de descubrir su exquisito sabor. A la caída de la tarde nos duchábamos y salíamos a pasear por el pueblo, o sacábamos el coche y nos dedicábamos a conocer la comarca. Solíamos cenar en algún mesón o parador de los alrededores.

Un día, a la hora de comer -llevábamos algo más de una semana en el pueblo-, Lola me estaba relatando los incidentes de la mañana: las compras, el comportamiento de la niña, las pequeñas amistades que iba haciendo.... Como siempre, yo la escuchaba a medias, pero una de sus frases me llamó la atención:

-Hoy no ha estado la vieja -fue lo que me dijo. Lo que me extrañó fue el carácter negativo de la frase. Yo me había olvidado completamente de nuestra vecina, pero Lola se había referido a ella como si formara parte de la rutina diaria, como algo consabido.

-¿Qué quieres decir? - pregunté- . ¿Dónde no ha estado?

-En la verja de atrás. Todos los días venía un rato, a eso de mediodía. Pero hoy no vino. Se asustaría por lo de ayer.

Puse cara de extrañeza.

-¿Es que no te lo conté? -preguntó Lola.

-No. Cuéntamelo ahora.

Al parecer, el día anterior por la mañana Lola no se encontraba en uno de sus mejores momentos. Por algún motivo había tenido un roce con una tendera y estaba de mal humor. Cuando preparaba la comida vio a la vieja en la puerta de atrás y se dirigió hacia ella a través del jardín.

-¿Es que quiere usted algo? -le preguntó, me temo que de mala manera.

La vieja intentó hablar, pero sólo lograba emitir sonidos inarticulados. Lola repitió la pregunta en voz más alta y la vieja redobló sus incomprensibles silabeos, alzando también la voz todo lo que era posible.

-No era capaz de entender lo que quería decirme -siguió Lola-, y tampoco ella daba la impresión de entenderme bien. Yo le hablaba a gritos y ella me contestaba también a gritos, pero como si nada. Parecía cosa de locos.

Al escuchar las voces, Boris debió de pensar que estaba sucediendo algo irregular y, haciendo gala de una firmeza de carácter inédita en él, se abalanzó contra la verja metálica entre gruñidos. La vieja retrocedió aterrorizada.

-No es que a mí me molestara -dijo Lola con un residuo casi extinguido de culpabilidad -, pero no era ningún plato de gusto tenerla allí cada día, mientras guisaba.

-No creo que vuelva -dije.

No regresó a la verja de atrás. Tampoco volvimos a verla por las ventanas de su casa durante los siguientes días.

Una noche me despertaron los aullidos de Boris. A aquella hora -eran las tres y media- el pueblo estaba en completo silencio, y aquellos aullidos, provenientes de la herencia de una sangre semisalvaje, adquirían una resonancia indescriptiblemente lúgubre. Me tiré de la cama y bajé al jardín. Encontré al perro en los peldaños de acceso a la puerta clausurada de la vieja. Sentado sobre los cuartos traseros, iluminado por la luna llena, con el cuello estirado y el hocico apuntando al cielo, era una figura espectral, una aparición fatídica. Lo llamé sin que me hiciera caso. Intenté arrastrarlo del collar, pero ofrecía una resistencia pasiva y temí hacerle daño. Finalmente regresé a la casa, busqué una pastilla de Rohipnol y le di al perro una cuarta parte envuelta en un trozo de carne fresca. Los aullidos cesaron al cabo de un rato.

Lola se había desvelado. Le conté lo sucedido y enseguida volvió a dormirse, pero fui yo quien no pudo seguirla hasta el sueño. Tenía los peores presentimientos o, por mejor decir, tenía una triste certeza que hice todo lo posible por sofocar. Me puse a pensar en los pájaros, en mi primer matrimonio, en mis hijos mayores, que pasaban el verano en Inglaterra. Creo que logré dormir un rato antes de que sonara el despertador al amanecer.

Dos o tres días después, Lola me sugirió que lleváramos al perro al veterinario.

-Se pasa el día rascando los ladrillos de la puerta de la vieja -dijo-. Nunca ha sido agresivo. ¿Tú crees que se estará volviendo?

-No, no lo creo -dije-. Salvo esa manía se porta como siempre.

Yo no quería mezclarme en la vida de nadie. Sólo quería observar mis pájaros, pasar mis vacaciones de un modo tranquilo y feliz, sin interferencias ni desazones de ninguna clase. No

quería preocuparme por nada ni por nadie: la vida me había enseñado que el egoísmo es sano, que el egoísmo es la supervivencia. A pesar de todo, sentí alivio cuando Lola dijo:

-¿Y si le ha pasado algo a la vieja? Los animales huelen las desgracias.

Nos dirigimos a la puerta condenada. A su izquierda se abría la pequeña ventana con verja de hierro. Metí la mano entre los barrotes y golpeé repetidamente la hoja de madera. No hubo respuesta. Empujé y la hoja cedió. El olor inconfundible de la podredumbre nos empujó hacia atrás como si hubiéramos chocado con algo sólido.

-Usted quédese aquí -dijo el sargento de la Guardia Civil poco después.

-Soy médico -dije.

-Bueno, pase entonces.

Era un hombre robusto, de bigote canoso, que se había cansado de golpear la puerta exterior de la vieja, la metálica pintada de verde. Al final mandó al número que le acompañaba en busca de una palanqueta y descerrajaron la puerta.

En el interior de la casa el olor era insoportable. La vieja yacía en su cama, envuelta en varias mantas a pesar del bochorno de julio, en un vano intento de retener el calor de la vida que se le escapaba. Contra lo que suponen los profanos y los habituados al cine, la muerte no es algo fácil de diagnosticar: no basta con abrir un párpado, como se ve en las películas. Este caso no ofrecía dudas porque la descomposición estaba relativamente avanzada. Pero el mal olor no precedía solamente del cadáver. En la cocina había varias bolsas de basura abiertas, con su contenido diseminado, como si la vieja hubiera estado buscando algún residuo comestible. Una de ellas contenía los restos de las peras que Lola y yo habíamos tirado, revueltos con otras inmundicias.

Imaginé a la vieja saliendo de su casa por la noche en busca de alimentos, antes de que pasara el camión. El contenedor de basura era casi tan alto como ella, de modo que sólo podría haber alcanzado las bolsas de arriba, las que hubieran sido arrojadas en último lugar. Nosotros habíamos tirado muchas. Sobre la mesa de la cocina estaba el bulto que la vieja sostenía contra su pecho la primera vez que la vimos en la puerta trasera del jardín. Desenvolví el harapo: dentro sólo había una pequeña cacerola desportillada y sucia, con su tapadera. La casa tenía instalación eléctrica y agua corriente, pero ni la una ni la otra funcionaban. Le dije al sargento que estaría en la casa grande sin necesitaba algo y me marché de allí antes de que llegara el juez.

Le conté a Lola lo sucedido. Le dije que la vieja estaba muerta, pero no le mencioné las bolsas de basura ni la cacerola envuelta en un trapo. No sé por qué no lo hice; tal vez porque no quería añadir más patetismo, mayor sordidez al episodio del que habíamos sido testigos involuntarios.

A la mañana siguiente salí al campo: no tenía por qué no hacerlo. Aquélla era la finalidad de mis vacaciones. Había dormido poco y mal, y no tenía verdaderas ganas, pero sentí que debía hacerlo; que debía negarme a aceptar cualquier intrusión, cualquier interferencia en la vida

que había elegido llevar. Por la tarde tuve que ir a prestar declaración: el sargento había telefoneado a Lola aquella mañana.

-¿Qué pasará con el cadáver? -pregunté-. ¿Tenía dinero para el entierro?

-Ni dinero ni parientes conocidos -respondió el sargento-, ni ningún tipo de seguro. Irá a una fosa común.

-Si no le importa, yo me hago cargo de los gastos -dije-. Me sabe mal que vaya a una fosa. No es que tuviéramos mucha relación, pero vivíamos tan cerca que...

-Ya, ya le comprendo. Usted se pregunta si pudo haber hecho algo. Pero ¿qué iba a hacer? No tenía por qué hacer nada, ¿no?

-No, claro.

-Usted está de vacaciones y no tiene por qué preocuparse de la vecina de al lado ni de la de enfrente, ¿no es eso?

-Eso es.

-Claro, es lo que decía yo.

El sargento hablaba de un modo reposado, lánguido, con las manos cruzadas sobre un vientre que parecía a punto de hacer saltar los botones de la camisa verde. Se levantó perezosamente de la silla y me abrió la puerta de la oficina.

-Bueno -dijo-, pues ya le diré al de la funeraria que le envíe la factura. Un entierro baratillo, ¿no? Le digo que haga el más barato, ¿no?

La puerta estaba abierta, pero el sargento me bloqueaba la salida con su cuerpo. Estaba empezando a incomodarme aquel tonillo condescendiente, aquella costumbre de las preguntas retóricas.

-Sí, si me hace el favor -dije, ya con franca irritación.

Cuando salía me detuvo nuevamente.

-El que va a tener que explicarme un par de cosas es Romero.

Me volví.

-¿Romero?

-Sí. Romero. Me va a tener que explicar con qué derecho mandó tapiar la puerta.

Salí exasperado del cuartelillo.

No quisimos saber el día ni la hora del entierro de la vieja. Aquel incidente consiguió amargarnos lo que nos quedaba de vacaciones. Naturalmente, permanecemos en el pueblo hasta el último día; lo contrario hubiera equivalido a admitir algo que no sé bien como explicar: una influencia de aquel repugnante suceso sobre nuestras vidas, una contaminación

de nuestro mundo por aquel otro mundo sórdido de la esquina del jardín. Esa mujer debió haber vendido su casa cuando se lo ofrecieron; con el importe podría haberse pagado una buena residencia. Se lo comenté a Lola y estuvo de acuerdo.

*

Pasaron los meses. En una cena coincidí con Ignacio Peñalver, el redactor jefe de la revista a la que había prometido una colaboración. Me lo recordó y tuve que admitir que me había olvidado por completo. En casa busqué la carpeta donde tenía guardadas mis notas, la misma que mi hija se llevó a Tolmera el verano anterior. La encontré entre el resto de las cosas de aquellas vacaciones; había ido postergando el momento de ordenarlas y aún estaba todo revuelto: mis cuadernos de campo, mis manuales y mis materiales de pintura yacían en el mismo sitio en que los dejé a nuestro regreso. Abrí la carpeta con intención de empezar a redactar el trabajo, que estaba prácticamente hecho. El desorden del contenido de la carpeta me sorprendió en un primer momento; luego recordé que, el día de nuestra llegada al pueblo, la niña había dejado caer los papeles al suelo y yo los había recogido de cualquier manera. Me puse a ordenarlos y encontré la carta.

Imagino que la habían dejado encima de la mesita del zaguán: un lugar bien visible, un lugar donde al remitente no le quedarán dudas de que iba a ser encontrada. La niña derramó los papeles mientras yo buscaba la manera de encerrar el coche sin dañarlo. Luego intentó recogerlos; los fue poniendo sobre la mesa y debieron de tapar el sobre.

Cuando guardé los papeles, recogí el sobre entre ellos sin darme cuenta. Iba dirigido "Al próximo propietario o inquilino de Villa Guadalupe". Contenía tres folios escritos a máquina que transcribo a continuación:

"Querido señor o señora: compré la casa que usted actualmente habita hace ya veinticinco años. Entonces ganaba dinero y tenía una familia numerosa. Hoy por hoy es el único capital que poseo. Me veo obligado a venderla y a marcharme de aquí. Mi mujer está muy enferma y yo no puede atenderla bien en el pueblo. La casa es demasiado grande para los dos solos; nos vamos a Málaga, donde tenemos una hija soltera. Me gustaría venderla cuanto antes porque no quiero ser una carga para esta hija, pero mientras tanto he decidido ponerla en alquiler para que no esté desocupada. No sé si a alguien le interesará comprarla (no sé si usted, que está leyendo esto, la habrá comprado). Es cara para estos tiempos y además, Romero, el agente inmobiliario, no tiene buena fama. Es posible que sea verdad lo que dicen de él: no tengo ya energía para ocuparme personalmente de asuntos de este tipo.

"Pero el motivo de esta carta es hablarle de la señora anciana que vive en la casa pequeña. Esa mujer nació allí: es hija de los primeros criados que tuvo Villa Guadalupe cuando la construyeron a finales del siglo pasado. La antigua propietaria le regaló la casita en su testamento. Los hijos, a quienes compré la casa grande, hicieron todo lo posible por desalojarla, pero no les fue legalmente posible. Cuando nos fuimos a vivir a Villa Guadalupe nos encontramos con la misma situación que probablemente usted habrá encontrado. Natividad es el nombre de la anciana -tenía entonces más de setenta años; nunca se había

casado y no tenía a nadie. Por decirlo de un modo delicado, nunca fue -según supe- demasiado despierta; aun así, entonces al menos oía y hablaba, facultades que ha ido perdiendo con la edad: tenga en cuenta que anda cerca de los cien.

"Toda su vida había transcurrido entre las dos casas. Como era algo inocente no la dejaban comprar ni manejar dinero; su única fuente de recursos era la casa grande. De allí venía la comida, de allí procedían las órdenes, allí sucedían las catástrofes que revolucionaban la vida de aquella familia de criados. Para Natividad la casa grande significaba algo mucho más importante de lo que para nosotros puedan significar gobiernos o estados. Era algo así como la providencia, como el destino, no sé si me explico. Creo que en su pobreza espiritual la casa grande era el equivalente a Dios.

"Yo le escribo a usted esta carta porque, cuando ocupé la casa, me encontré con otra similar dirigida a mí. La había escrito la dueña antes de morir y se la había confiado a un abogado, quizá a espaldas de sus propios hijos. Allí me explicaba la situación de Natividad: era de sus mismos años, de niñas habían jugado juntas y, como era costumbre entonces, la madre de Natividad las había amamantado a las dos. Me decía que Natividad era incapaz de valerse por sí misma, que estaba sola en el mundo y que el dinero no significaba nada para ella. Me rogaba, con estas palabras, que le permitiera hacer alguna pequeña tarea en casa, algo que justificara la cazuelita de comida que se llevaba a mediodía, envuelta en un trapo para que no se enfriara. Insistía en la inutilidad de dejarle una manda en metálico, de asignarle un sueldo o de proporcionarle alimentos sin cocinar. Natividad no concebía otro modo de vida más que aquél: los trabajos domésticos y la cacerola a las doce con su comida.

"Sin duda temía que yo me desentendiera. La carta era patética, créame: apelaba a mis sentimientos cristianos, a mi caballerosidad, sin tener en cuenta que yo podía muy bien carecer de ambas cosas. Quizá yo no sea un caballero ni un cristiano, pero siempre he procurado conducirme como si lo fuese, que no sé si es lo mismo o no. En aquella época, no tan lejana, una exhortación de ese tipo tenía bastantes posibilidades de surtir efecto. No digo que abundasen los caballeros y los cristianos, pero la mayor parte de la gente pensaba como yo, ya fuera por vanidad, por sentirse superior a alguien, por una idea anacrónica de lo rumboso; por lo que a usted le dé la gana. Entonces la gente se ayudaba entre sí: era lo normal.

"Le diré qué problema tengo yo ahora: no sé a qué o a quién apelar para que usted impida que esa pobre vieja se muera de hambre. No puedo hablarle de caballerosidad ni de sentimientos cristianos: hoy por hoy esas palabras no tienen ningún prestigio, y si usted es un hombre (o una mujer) moderno serían incluso contraproducentes. Tampoco sé si puedo apelar a su sentido de la solidaridad, que es como se llama ahora a lo que antes se llamaba caridad; tanto si ha comprado la casa como si la ha tomado en arriendo, debe usted de disponer de dinero, y hoy abundan los desalmados entre la gente con dinero. Le aseguro que he pensado en todas las soluciones posibles antes de resignarme a dejar a Natividad sola en su casa, al arbitrio de un extraño. Un día la tuve que llevar a la ciudad para que la viera un médico especialista. Cuando el coche se alejaba del pueblo tuvo una crisis histérica formidable; luego cayó en un estupor profundo del que tardó en recuperarse. No hay que pensar en sacarla de allí.

"Piense en esto que voy a decirle: si hay un Dios, tiene que ser alguien capaz de resistir el descrédito, la negación universal de su existencia. Tiene que ser alguien capaz de sobrevivir a la incredulidad, de seguir actuando bajo otros nombres. La muerte de Dios no es más que la muerte de la palabra usada, amortizada ya, que servía para designarlo. Hoy está contenido en otra palabra que no sabemos cuál es y que quizá niega o repudia la palabra antigua. Escoja usted la palabra que prefiera y extraiga de ella la voluntad de poner en su fuego un poco más de alimento que el que usted necesite. O por lo menos déjela recoger las peras del jardín.

"Nada más. Le quedo muy reconocido por haber llegado hasta aquí".

Le enseñé la carta a Lola y ella comentó que estaba bien redactada, y se preguntó qué haría un hombre capaz de escribir así en un lugar tan perdido como Tolmera.

LA CANCIÓN DEL EMPERADOR

Mi padre se llamaba Nuño Abrantes y era portugués. Era un hombre apacible, sentimental, como suelen ser los portugueses, y más si son músicos, porque mi padre era profesor de guitarra. No de guitarra portuguesa, que aquí es un instrumento desconocido, sino de guitarra española, o clásica, como usted prefiera. En Portugal la llaman viola, que, si se fija, es lo mismo que "vihuela". Mi padre también tocaba la vihuela de mano, que se llama así para distinguirla de la vihuela de arco, pero hoy en día a nadie le interesa la vihuela de mano.

La vihuela no es lo mismo que la guitarra, perdone que le aburra con detalles técnicos: hay diferencias de afinación y de timbre. Al transcribir para guitarra obras de vihuela nunca suenan igual, aunque se baje la tercera cuerda a fa sostenido. Mi padre leía directamente las tablaturas del siglo dieciséis, y fue él quien me enseñó a tocar La canción del Emperador. ¿No la ha oído nunca? Era una canción de Josquin des Prés que se titulaba Mille Regretz, la preferida de Carlos V, el Emperador. Hacia 1538, Luys de Narváez publicó una versión para vihuela y la llamó así: La canción del Emperador. Está en su tercer libro, creo; no es una obra de gran dificultad. Luego, si se me calienta un poco la mano, se la interpretaré. O mejor le pongo un disco; no tengo ganas de tocar, aunque esa pieza podría tocarla dormido.

Dormido y borracho. Hace casi treinta años que me la enseñó mi padre, yo era un niño. Tendría que haber visto mi primera guitarra: daba risa verla. Parecía un juguete, pero no era un juguete.

Mi padre era un desastre. Por la mañana trabajaba de ordenanza en un ministerio y después de comer se ponía un uniforme viejo: un traje azul marino lleno de brillos, con botones dorados. Se metía en un cuartito y allí recibía a sus alumnos hasta la hora de cenar. Los alumnos llegaban en grupos de cuatro porque el cuartito no daba para más. Venían individuos raros: tipos melnudos con chaquetas de cuero que pretendían aprender cuatro acordes básicos y cuatro punteos antes de dar el gran salto a la guitarra eléctrica, gente así.

Los martes y los jueves, de seis a siete, venían cuatro monjas, no me pregunte de qué orden; vestían de marrón, eso sí lo recuerdo. Una era muy joven y yo estuve mucho tiempo soñando con ella. Era preciosa: con una piel muy blanca y un flequillo castaño asomando por debajo de la cofia, o como se llame eso que se ponen en la cabeza. Era lo femenino en estado puro, y a mí me resultó imposible no enamorarme de ella. Las mujeres se preocupan mucho de ser actuales, como si fuera factible ser otra cosa: se visten y se peinan y hablan, y hasta piensan de forma moderna, o al menos así lo creen ellas. Por eso resultan tan fascinantes las mujeres inactuales: las monjas, las pueblerinas, las de países raros. Hasta las muertas resultan más interesantes que las vivas, ¿no le parece? En nuestras contemporáneas, las dos cosas están tan unidas que resulta imposible encontrar a la mujer en estado puro debajo o detrás de tanta idea estúpida y de tanta pose copiada de las revistas.

Mi padre era implacable con ese tipo de alumnos: debían aprender a leer una partitura y a llevar el compás correctamente; les hacía repetir una y otra vez los estudios de mano derecha y mano izquierda, de cejilla, de trémolo, de ligado, y la mayoría de ellos, naturalmente, se desanimaba y no volvía más; la técnica de la guitarra no es ninguna tontería. A los pocos que

tenían verdadera vocación terminaba por no cobrarles, les dejaba estar tanto tiempo como quisieran y hasta les daba un bocadillo para merendar. Por eso digo que era un desastre.

Mi padre usaba unas patillas largas, como los toreros antiguos o los bandoleros de película, porque, según decía, un artista debe tener prestancia, personalidad. Las patillas eran grises, como el resto de su pelo; a mí me parecía muy mayor, pero sus canas eran prematuras: es muy frecuente en los portugueses, va con la sangre. Lo supe después, cuando a mí me sucedió lo mismo. Nunca habría llegado a ser un buen intérprete, un concertista de primera, como Yepes o Bitteti, porque tenía un defecto congénito en los dedos meñiques de ambas manos, defecto que he heredado yo, junto con las canas, la guitarra y La canción del Emperador. ¿No ve que los tengo relativamente cortos y algo torcidos hacia adentro? No puedo pisar las cuerdas con el centro de la yema, sino con la parte exterior, casi junto a la uña: ¿ve el callo? El sonido sale impreciso, sucio, y a él le pasaba lo mismo. A mí me parecía un hombre mayor, pero no lo era: no había cumplido los cuarenta cuando se suicidó.

Fue por mi madre. Mi padre sólo amaba dos cosas en esta vida: la música y su familia. Era una de esas personas sin defensas, sin corazas ante el mundo; una de esas personas a las que el menor roce les causa una herida profunda. A lo más que pueden llegar es a adoptar un aire frío, ausente, que esconda su pasión por las cosas que aman. Mi madre era muy distinta: era una madrileña dura, ambiciosa. Mundana, podríamos decir, en cierto sentido: en lugar de observar el mundo desde sí misma, se observaba a sí misma con los ojos del mundo. Solo le preocupaba lo aparente, lo que pudiera verse en una fotografía o lo que un vecino cualquiera pudiese deducir de su modo de vida más notorio, y esta es una de las mayores desgracias que una persona puede inferirse a sí misma y a los suyos. Hoy resulta anticuado hablar de deslealtad, de traición, de adulterio: son palabras incómodas porque sugieren culpa. Sus contrarias, las que siempre fueron tenidas por virtudes: la fidelidad, la constancia, la renuncia, suenan hoy a extraños sacrificios sin objeto, a diques de la libertad. Mi madre vivió una época en la que todo el mundo quería ser libre y nadie quería ser culpable; unos tiempos en los que la traición era socialmente aconsejable, aun por motivos nimios, como una especie de sacramento en el que se puede tener más o menos fe, pero que es indispensable recibir para evitar escándalos.

Ya ve lo poco que hemos progresado: en lugar de olvidarnos de los rituales, nos hemos limitado a sustituir los antiguos por otros no menos huecos. El adulterio de mi madre fue la causa innegable del suicidio de mi padre, pero yo no la culpo: era una de esas mujeres que recogen lo que está en el ambiente y a las que en rigor no es posible aplaudir ni censurar. No miden el alcance de sus actos, no se les pueden aplicar nociones como inocencia o culpabilidad porque carecen de cualquier vínculo moral, susceptible de ser roto, con el resto del mundo. Usted dirá que eso es culpabilidad. Bien, quizá lo sea. Todo esto ocurrió cuando yo tenía quince años: fue la época en que me volví loco.

Mi madre no quiso saber nada de nosotros, y mis hermanos y yo fuimos repartidos por casas de diversos parientes. Así llegué a Tolmera, a esta casa que ahora me pertenece. Entonces tenía mucho mejor aspecto, me refiero a la casa, no a mí. Yo tenía la misma estatura que ahora, ya ve que no es mucha, y pesaba aproximadamente la mitad: estaba en los puros huesos. Llevaba el pelo largo porque nadie se molestaba en hacérmelo cortar, y había

adquirido diversas manías. Por ejemplo: tenía un tic que me hacía arrugar todo el tiempo la nariz, como para subirme el puente de las gafas. Cuando iba por la calle miraba constantemente por encima del hombro, como si me persiguieran, y sufría accesos de pánico y temblores incontrolables cada vez que alguien pasaba por detrás de mi espalda, lo que me obligaba a apoyarme en las paredes cada vez que tenía ocasión.

Pero le hablaba de la casa. Cuando mis tíos la construyeron, ese trozo de carretera rota que pasa por delante del jardín era la carretera del lago. Luego hicieron otra un poco más abajo, para quitar curvas, de modo que, salvo yo, nadie pasa ya por aquí: la vegetación se la está comiendo. Hace casi veinte años que llegué, con una maleta y la guitarra de mi padre. Entonces la casa era un chalet blanco con ventanas verdes, pequeño y limpio, con un jardín que mi tía cuidaba bien. Había tráfico en la carretera, sobre todo en verano, cuando la gente iba a bañarse al lago. Pasaban motos y bicicletas, y hasta autobuses enteros llenos de viejos que iban cantando y tocando el acordeón. Mis tíos bajaban alguna vez, pero yo no quería acompañarlos; ya le digo que en aquella época estaba loco.

No entiendo cómo podían soportarme: siempre sentado con la espalda pegada a la pared, comiendo con una bandeja sobre las rodillas a tres metros de la mesa y sin capacidad para dar explicaciones de nada. Hoy día la gente aprende muchas cosas en la televisión, pero entonces era inconcebible eso de ir al psiquiatra: sólo se hacía en casos muy peligrosos y era una vergüenza para toda la familia. ¿Sabe lo que hizo mi tía? Pues corrió la mesa hasta la pared para que pudiéramos comer juntos. Era una buena persona, igual que mi tío. Ya ve, no se alarmó ni puso el grito en el cielo: simplemente acercó la mesa.

Yo los llamo tíos, pero en realidad eran tíos abuelos: ella era hermana del padre de mi madre. Habían tenido cuatro hijos y ninguno de ellos sobrevivió más de tres años; todavía anda por ahí una cunita de hierro. Volcaban todo su amor en un horroroso pequinés albino. Me recogieron de buena gana, pero comprendo que entonces yo no era lo más a propósito como para que empezaran a ejercer de padres. Sin embargo, para mí fueron unos verdaderos padres y nunca lamentaré suficientemente su muerte. Me trataron bien, comprendieron que estaba trastornado por mi desgracia y respetaron mis excentricidades. Hasta lo de los platillos voladores.

Llevaba ya dos años con ellos, sin hacer nada, cuando inauguraron un instituto de bachillerato en Tolmera. Reemprendí mis estudios con calificaciones no del todo malas, lo que hizo que los profesores dejaran de interesarse por mí. Yo no hablaba con nadie, no tenía amigos y no puedo imaginarme lo que pensarían de mí los compañeros de clase. A mí me parecían una pandilla de imbéciles felices, insensibles y obscenos, pero me temo que no eran más que normales. Me asignaron un pupitre que no estaba mal, pero que tenía el defecto de encontrarse hacia la parte delantera del aula. Me mudé inmediatamente a la última fila, donde tenía la certeza de que nadie podía cruzar por detrás de mi espalda. Esto me dio algún problema con el profesor tutor, pero le expliqué lo que me sucedía y me permitió quedarme allí. Probablemente todo el mundo estaba enterado de lo de mi padre, del motivo de mi presencia en el pueblo. La gente me trataba de un modo distanciado y temeroso, como si padeciese alguna enfermedad incurable, o con esa brutalidad que aquí en España se confunde con la franqueza. Me imagino que, al principio, ni los profesores ni mis tíos daban un duro por

mi carrera académica, pero cuando vieron que mal o bien superaba los exámenes, me dejaron en paz. Decidí no dar problemas para que no me los dieran a mí, y de un modo que incluso hoy no me explico, fui capaz de resolver problemas matemáticos y traducir latines. Recuerdo aquellos años como una de esas pesadillas que ni aterrorizan ni incomodan, simplemente desprovistas de sentido.

Un día encontré una revista arrugada en una papelería del instituto. Se llamaba *Objetos Voladores* y era una de esas revistas pseudo-científicas, ya en la frontera del esoterismo, que mezclan alegremente cosas tan dispares como la dieta vegetariana, la cartomancia, la meditación Zen y la transmigración de las almas. Pero el plato fuerte eran los objetos voladores. La revista no sólo daba por supuesta su existencia, sino también el hecho de que fuesen extraterrestres y estuviesen tripulados por seres superiores y bondadosos. A juzgar por los artículos, lo que resultaba verdaderamente anormal es que aún quedase alguien que no los hubiera visto en toda su vida, como era mi caso. Gracias a los objetos voladores mi locura hizo crisis, aún no sé si para volverse definitiva o para curarse; o tal vez para acceder a ese otro nivel de locura que es la vida adulta. Juzgue usted.

En los objetos voladores encontré una respuesta. Nadie se libra de su cuota de desgracia, pero hay que tener mala suerte para que se acumule en los primeros años de la juventud, como a mí me sucedió. Yo no podía creer en un Dios que fuese al mismo tiempo omnipotente y justo: si era justo, estaba claro que era incapaz, y si era omnipotente debía de ser perverso. Esto en el caso de que no fuese meramente un mito. Los objetos voladores eran la respuesta: eran la compensación por los sufrimientos inútiles, eran el restablecimiento de la equidad, la recompensa del que ha sabido esperar apartado de la loca maldad destructiva. Yo había pasado del mutismo a una locuacidad histérica, casi apostólica. Mis tíos se miraban confusos cada vez que les exponía mis ardorosas convicciones: el mal no importaba, el sufrimiento no importaba; algún día vendrían los objetos voladores para llevarse con ellos a la mejor parte de la humanidad, a los esclavos, a los desdichados, a los que aquí ocupábamos los más bajos e indignos lugares. No nos llevarían a uno de esos planetas que vemos en el cine, de cielo negro como una perpetua noche. Allí todo sería como en la tierra: nadie llevaría escafandra y la gente tendría trabajos normales. Nadie sería bueno por obligación ni por ese estado beatífico, algo bobalicón, que uno se imagina en el cielo de los creyentes. La gente sería buena porque ellos sólo querrían a los buenos, a los que ya fueran buenos. ¿Nunca ha imaginado usted lo que sería el mundo si de golpe fuesen eliminados todos los crueles, los malintencionados, los falsos, los corruptores, los ambiciosos, en una palabra, todos los que no tratan a los demás como les gustaría ser tratados a ellos? A esos peldaños de ingenuo desatino había yo descendido por aquel entonces. Me parecía urgente suscribirme a *Objetos Voladores*, pero no quería pedirles dinero a mis tíos, así que me convertí en vendedor ilegal de verduras.

Mi tío me había cedido unos cuadros de hortalizas en el fondo de la huerta y me había enseñado cómo cuidarlos. Mi tío había estado de joven en la Guardia Civil, cosa difícil de imaginar dado su carácter, y luego trabajó en una fábrica de coches, en Alemania: allí ahorró dinero para la casa. Cuando me fui a vivir con ellos trabajaba como guardián nocturno en una empresa de productos congelados del pueblo y estaba ya a punto de jubilarse. Lo que quiero decir es que no era ningún intelectual, pero intuía que yo necesitaba algo en que ocuparme.

No imaginaba que yo supiese tocar la guitarra, porque no la había sacado de la funda desde la muerte de mi padre: sin duda suponía que no era más que un recuerdo suyo.

Cuando coseché mis primeros pimientos, cebollas, tomates y calabacines, los puse en un cajón y me fui a venderlos al centro del pueblo, a la puerta de la vieja casa de la familia de mi tío, una casa semiarruinada que abandonaron por el chalet. Estaba situada en una calle estrecha, pero muy concurrida porque comunicaba la Plaza Vieja con la iglesia de San Miguel. La venta ambulante no estaba permitida, pero la policía no podía hacer nada por evitarla. Si veía venir a alguno de ellos por cualquiera de los dos extremos de la calle, yo guardaba el cajón en el zaguán de la casa; nunca me pidieron explicaciones porque sabían que yo me limitaría a decir que estaba almacenado, no vendiendo. Logré que mi tío aceptara parte del dinero a cambio del uso del motor de agua y con lo que me sobró me suscribí a *Objetos Voladores*.

Los jóvenes tienen necesidad de aislarse, ya lo sabe usted ¿b fui a vivir, casi literalmente, a la casa vieja; volvía al chalet para comer y dormir, y no siempre. Me llevé mis libros de estudio y la guitarra, y colgué por las paredes unas grandes fotografías de objetos voladores sacadas de las páginas centrales de las revistas. Así me familiaricé con los distintos tipos de naves: las nodrizas, las lanzaderas, los módulos de exploración y aterrizaje; y también con sus diversas formas: las que parecían un cigarro anaranjado; las esféricas, de movimiento zigzagueante; las que recordaban a un sombrero o a un plato de sopa; las triangulares con lucecitas alrededor. Estaba seguro de que no tardaría en hacer un avistamiento. Perdóneme, pero ésa era la horrible palabra que empleaban en la revista. Y lo hice, pero no de la manera que usted se figura y que yo me figuraba, sino de esa otra manera deforme que suelen adoptar los deseos cuando se cumplen.

La revista tenía una especie de club de correspondencia, y yo comencé a escribir afanosamente a aquellas personas desconocidas que firmaban sus cartas con pseudónimos con Rama o Sagitario. Conservo varias de ellas y ahora me doy cuenta de que se trataba de personas solitarias situadas en diversos niveles de la tristeza o la locura; separadas de la completa desesperación por aquel tenue velo que era la creencia en objetos voladores, pues ya habían perdido la confianza en que, dentro o fuera de sí mismas, hubiese algo capaz de atenuar su infelicidad. Me llegaban cartas de toda España, y también de Portugal y de lejanos países más allá del océano. Cartas enviadas desde asilos de ancianos u hospitales, desde cuarteles o colegios, desde minúsculos cuartos de pensión en ciudades grandes o desde casonas perdidas en páramos desiertos. Cartas escritas a la luz de una linterna, pergeñadas sobre la mesa de la cocina mientras todos duermen; redactadas en una silla de ruedas, sobre una tabla apoyada en la rodillas inútiles o inmóviles. Pobres gentes que convertían sus deseos en experiencias reales con la débil ilusión de hacerse interesantes y recibir cartas. Un día me llegó una firmada por Ylla.

Ylla es el nombre de una mujer marciana de las *Crónicas de Bradbury*, ya le digo que abundaban estos pseudónimos entre mis correspondientes. Yo conocía el libro desde poco tiempo antes: había leído todo lo remotamente relacionado con los objetos voladores en la biblioteca del pueblo, incluidos los vastos artículos de la enciclopedia Espasa, y las *Crónicas* era uno de mis libros preferidos, quizá porque el autor se pone de parte de los marcianos y no de

los terrestres. Me sorprendió la carta porque, aparte de mí mismo, aquella tal Ylla era la única persona entre mis relaciones que había leído el libro.

La carta estaba redactada en portugués. Nunca supe si existía una edición portuguesa de la revista o si distribuían allí la edición en castellano, como el *Hola*: a los portugueses no les cuesta ningún trabajo leer en español. Yo era bilingüe desde niño, a pesar de que nunca había estado en Portugal: mi padre me había hecho leer a E9a y a Antera, así que mi lenguaje era fundamentalmente literario, masculino, adulto y un poco anticuado. Mi padre, como todos los hombres retraídos, se expresaba de un modo preciso y rígido: aborrecía la jerga, los extranjerismos y los giros vulgares. Yo nunca había leído nada semejante a la carta de Ylla, llena de términos rurales y de incorrecciones, pero también de dulzura y resignación, como una cantiga de amigo. Apenas hablaba de objetos voladores, sino del campo y de los aromas de la noche, del cielo estrellado y del desconocido anhelo y de las lágrimas sin causa. Era la carta de una damisela del siglo trece, soñando con el amor ideal tras su celosía.

Regresé a La canción del Emperador. Por primera vez en tres años desenfundé la guitarra de mi padre y subí con ella, de noche, a la azotea de la casa vieja. Miré las estrellas, las mismas que quizá ella estaba mirando en aquel mismo momento, y recordé que la Emperatriz Isabel también era portuguesa. Comencé a esbozar la canción hasta que los dedos recuperaron su antigua costumbre. El Emperador tuvo que amarla: era demasiado hermosa para no amarla; ya sabe que todo un duque renunció al mundo cuando vio su cadáver. La música tiene la virtud de hacemos recordar no las cosas, sino la fragancia de las cosas; no los momento concretos, que son distintos para cada hombre, sino nuestro común repertorio de melancolías sin nombre y sin cara. Tocando La canción del Emperador, no de un modo disciplinadamente automático como hasta entonces sino, por primera vez en mi vida, con una comprensión total de cada nota, aprendí a conocer mi propia naciente pasión a través de la pasión de otro hombre.

Me volví insolidario. Me creí salvado, incontaminado, inaccesible para la desgracia. Dejé de escribir y de contestar cartas. Olvidé a todos los infelices amigos de los objetos voladores y, noche tras noche, mientras hacía sonar La canción del Emperador -aquella pieza que quizá Garcilaso, antes de su publicación, había escuchado de mano del propio Narváez-, iba perfilado mi respuesta para Ylla.

Una noche de verano, urgido por uno de esos impulsos que se tienen a los dieciocho años, un impulso de andar hasta el agotamiento, hasta el jadeo, subí a ese monte que ve usted por la ventana. Había fiesta en el pueblo y desde allí podía ver las luces de la verbena y las nubecillas de los cohetes. Entonces, sentado en una piedra para recuperar la respiración, bajo la luna llena de agosto, escuchando débilmente la música lejana que me llegaba en oleadas, me sobrevino un pensamiento. No tengo otra manera de decirlo; no fue un pensamiento que yo tuve, sino un pensamiento que llegó a mí, como uno de esos dolores bruscos e inesperados que crisan todas las fibras del cuerpo. Intenté formularlo con palabras - puesto que había llegado sin palabras para que no escapara. Cuidadosamente, asegurando cada paso, le di una forma verbal que me permitiera recordarlo, contemplar su verdad, cuando estuvo completo supe que aquel pensamiento sería mi respuesta a Ylla.

Era éste: si los objetos voladores existen, eso quiere decir que la maldad tal vez no sea una ley natural, sino la consecuencia de una visión incompleta, una visión que excluye a los objetos

voladores. Pero si no existen, si estamos solos, entonces las cosas no pueden ser de otra manera. Todos los naipes están sobre la mesa y no queda ninguno por repartir, por tanto la fealdad del mundo es inevitable. Era pueril pensar que vendrían a buscarnos en sus naves, pero quizá era una fase por la que había que pasar para acceder a la siguiente: lo importante no era el hecho de que viniesen por nosotros, sino el hecho de que existieran. Si existen objetos voladores, intenté, decirle a Ylla en mi carta, quizá haya una oportunidad para ti y para mí: quizá puedas evitar traicionarme: quizá yo pueda apartar la pistola de mi boca antes de disparar.

Le hable de la canción del Emperador. Le dije, casi le ordené, que la buscara y la escuchara cuanto antes. Me ofrecí a mandarle una cinta magnetofónica grabada por mí si es que no podía encontrar un disco. Le dije que la música no contiene nada, que el contenido lo ponemos nosotros, y que intentara oírla como la expresión de un triunfo, no como el dolor de una pérdida. Luego conté los días hasta la respuesta: fueron diecinueve.

La segunda carta de Ylla era cautelosa, desconfiada. Me trataba de senhor y no dejaba traslucir nada que fuera más allá de una respuesta cortés. Tarde algún tiempo en darme cuenta de que, con mi vocabulario y mi modo de expresarme en portugués, me había tomado por alguien mucho más viejo que ella, un profesor, qué sé yo. Me invadió esa urgente incomodidad que sentimos al ser mal interpretados. Consulté un atlas y vi que el remite de sus cartas correspondía a un pueblecito cerca de Leiria, casi junto al mar. Decidí ir a verla.

Dicen que a ambos lados de la frontera hispanoportuguesa, desde el Campo de Aliste hasta Ayamonte, se extiende una franja semidespoblada que es la zona más pobre de Europa. A lo largo de la línea fronteriza los dos países se dan la espalda, volcados uno hacia el centro y otro hacia el mar. Cuando atravesé esa franja y me interné en Portugal ya no necesitaba apoyar la espalda en la pared tan a menudo como antes, pero pensé que ojalá pudiera vivir allí, en la espalda de cualquiera de los países, para no sentirme completamente rodeado, para dejar de preocuparme de lo que pudiera pasar detrás de mí. No amo las ciudades, con su pantomima de vida intensa que no es más que agitación sin objeto, agitación inducida; sigo prefiriendo los despoblados y los caminos que no conducen a ninguna parte. Rehuí las carreteras y los ferrocarriles y viajé de pueblo en pueblo, a pie o en la camioneta de algún agricultor que sintió simpatía por mí o curiosidad por el enorme fundón negro de la guitarra, mi único equipaje.

En las plazas de los pueblos interpreté piezas de efecto seguro: Recuerdos de la Alhambra o El sitio de Zaragoza; a veces una versión muy floreada, muy bonita, que sabía mi padre del tango A media luz. Dejaba la funda abierta ante mí y al terminar era aplaudido por el corrillo de niños, viejos y mujeres que se había formado a mi alrededor. Algunos de ellos dejaban caer unas monedas en el terciopelo rojo que forraba el estuche y con aquel dinero comía, aunque era frecuente que alguna familia me invitara y no quisiera aceptar mis monedas. Dormía en albergues de excursionistas, en chozas de pastores y ocasionalmente en una cama limpia. A veces probaba con Narváez, Mudarra o Gaspar Sanz, a quien debo mi nombre: Sanz es gallardo, magnífico. Cuanto más pequeño era el sitio, más apreciaban a los antiguos, quizá porque sus motivos aún perviven en forma de danzas folclóricas. La gente bien vestida de los pueblos grandes prefería a Tárrega o a Fernando Sor: un virtuoso de armonías difíciles y triviales, un sentimental. Así llegué a la aldea y a la casa de Ylla.

Recuerdo la fachada blanca con zócalo azul, las ventanas de pequeños vidrios cuadrados enmarcados en listones de madera, el diminuto jardín y la hermosa puerta maciza. Pero las ventanas estaban cerradas, y no había ropa tendida ni macetas con flores, y mis golpes en la puerta resonaban huecos y lúgubres en la casa vacía.

Una mujer anciana, con pañuelo negro a la cabeza, salió de la casa vecina y se dirigió a mí. Le pregunté por una muchacha que debía de vivir en aquella casa: una chica de quince o dieciséis años que leía revistas y paseaba por el campo. Me dijo que allí era, ciertamente, pero que se la habían llevado a Francia para curarla, para operarla. Quise saber si estaba enferma, si le había sucedido algo. No, dijo la vieja, había nacido así, cuitada. Nunca más volví a saber de Ylla. Olvidé preguntarle a la vieja cuál era su verdadero nombre.

Pero había prometido contarle a usted mi avistamiento. Tuvo lugar en el viaje de vuelta, no lejos de la frontera española, en un pueblo donde me dejó un viajante de productos farmacéuticos que vivía en Portalegre y llevaba un Mercedes diesel más viejo probablemente que él mismo. Nunca supe el nombre de aquel pueblo, donde toqué unas danzas inglesas de John Dowland que gustaron mucho. Era un pueblo grande, con unos jardines públicos muy bien cuidados, y había unas niñas jugando a esas cosas a las que suelen jugar las niñas. Yo andaba entre ellas, esquivándolas para que no tropezaran conmigo, y entonces empezó a lloviznar. Las niñas cantaban y reían a la manera estentórea de los niños, pero de pronto dejé de oír sus voces. Dejé de sentir el golpe de mis pasos en el suelo; la guitarra dejó de pesar en mi mano derecha. El sol, que no había desaparecido a pesar de la fina lluvia, dejó de molestarme en los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, no sentí la necesidad de arrugar la nariz para colocarme las gafas en su sitio.

Miré uno de esos bancos que hay en los jardines portugueses: un poyo cuadrado de obra revestido con azulejos de colores. Miré un edificio blanco con un chaflán redondeado y un letrero que decía Correio. Miré el borde de un parterre de flores: una simple hilera de ladrillos. Miré todas aquellas cosas corrientes con reverencia hacia su belleza, con el asombro de no haberlas visto nunca tal como eran, llenas de significado, necesarias. Pensé que me había muerto, y que era feliz y que sería igualmente feliz de no estarlo. Me vi a mí mismo desde el banco de azulejos, desde el edificio de correos, desde el parterre, desde las niñas que seguían jugando, y comprendí que yo no era menos que ellos, y que todo lo que vivía y lo que no vivía era, transitoriamente, yo, o alguien cuya conciencia me había ocupado. No me sentía mareado, confuso ni ebrio. Al contrario; aquel estado era a la vigilia lo que la vigilia es al sueño. Cuando aquello cesó, yo estaba una docena de pasos más adelante del punto en que comenzó: duró unos diez segundos. Desperté o, mejor dicho, dormí: descendí a la realidad, a lo que normalmente llamamos así, y todo fue vulgar de nuevo. Nunca ha vuelto a sucederme.

Han pasado más de quince años de aquello. La revista *Objetos Voladores* desapareció hace tiempo, pero hay otras muchas semejantes, todas con su club de corresponsales. Estoy suscrito a varias de ellas. Ahora soy casi rico: vendí la casa vieja y me dieron mucho dinero por el solar. Hicieron un bloque de apartamentos y un Spar en la planta baja. Todo lo que hago, aparte de dar alguna clase a algún muchacho del pueblo, es escribir y recibir cartas. No he vuelto a ver la firma de Ylla, y me alegro porque eso significa que de algún modo es feliz. Quizá murió en el quirófano, pero desde aquel día sé que morir no es una desgracia. Quizá lograron

sanar su mal, cualquiera que fuese; si sigue viva tendrá más de treinta años y probablemente esté casada. Si alguna vez vuelve a escribir, le diría lo mismo que les digo a mis correspondientes de ahora: que los objetos voladores existen, pero no son objetos, y tampoco vuelan.

La casa de Don Rodrigo

Yo he llamado muchas veces a esta puerta en vida de don Rodrigo Gaitán, el anterior propietario de la casa. No llamaba para que me abrieran, porque salvo de noche esta puerta no se cerraba nunca, sino para avisar de mi presencia con un par de golpes rápidos en el llamador de latón, golpes que resonaban en la penumbra de zaguán.

Entonces don Rodrigo desde su despacho o Ángeles desde la sala o Angelita desde el antiguo cuarto de planchar que daba a la huerta y que utilizaba como estudio, me invitaban a pasar.

Éramos amigos, y salir a recibirme hubiera resultado excesivamente ceremonioso para su sentido rural de la hospitalidad; algo poco educado, algo que sólo se hacía con los extraños. Toda agregación humana genera sus propias fórmulas de cortesía; la aparente llaneza de los pueblos no es más que una de ellas, no menos inflexible que otras.

Quien sí salía a recibirme era Isolda, la perdiguera moteada de orejas marrones que regalé a don Rodrigo de cachorrilla después de que a Tristán lo matara accidentalmente un cazador. Isolda, que desconocía las fórmulas sociales, anhelaba la novedad de las visitas que interrumpían su monotonía vital en época de veda y saltaba a mi alrededor entusiásticamente, como si no me viera desde años atrás, lo que quizá era cierto para su sentido perruno del tiempo.

Por tanto, dependiendo de cuál hubiese sido la voz que me había invitado a pasar, yo entraba en el despacho, en la sala o en el cuartito de la huerta. Nadie interrumpía sus actividades por mí: don Rodrigo no abandonaba su periódico ni doña Ángeles sus revistas de moda ni Angelita sus paletas y pinceles. Simplemente me incluían en lo que estaban haciendo y la conversación fluía con naturalidad hasta que, gracias a un mecanismo que nunca llegué a entender, aparecía una muchacha con unas tazas de café, unas copas de jerez o unas cervezas frías, dependiendo del momento, de la estación y de la temperatura.

Con don Rodrigo hablaba de caza, de toros, de política municipal o nacional; muy raras veces de medicina, que era la profesión de mi amigo, salvo que el problema trascendiera lo científico y entrara en el terreno de lo social, como la amigdalotomía sistemática de los niños o la lactancia artificial, que reputaba grandes errores.

Don Rodrigo era un hombre alto, de pelo casi blanco. Vestía impecablemente de gris, tanto en invierno como en verano. Verlo con gabardina o abrigo era rarísimo, y verlo sin americana o sin corbata, imposible. Aparentemente no tenía más que dos trajes que, o bien eran eternos, o bien él sabía sustituir por otros idénticos sin llamar la atención, pues nunca tenían aspecto de ser ni enteramente nuevos ni lo bastante usados como para cambiarlos.

Si mi visita se alargaba hasta los momentos previos a la cena, don Rodrigo avisaba para que me pusieran un cubierto y nos acercábamos al Casino para tomar el aperitivo. Allí charlábamos con los habituales de aquella hora: el dentista, que trabajaba hasta tarde; el director del banco, hombre delgado y cetrino, con una siempre incómoda voluntad de agradar: don Francisco, un cura con fama - merecida - de bebedor.

En ocasiones, el mismo Carlos Alberto Durand se dejaba caer por allí. Los jugadores de naipes se levantaban de cuando en cuando de sus mesas y nos saludaban con el gesto agrio de quien ha sido derrotado en su absurda y cotidiana batalla contra el azar. Don Rodrigo entonces deploraba el nefasto vicio con palabras ya acuñadas, tan inmútales como una plegaria: cuando uno cree haber superado las flaquezas de la juventud, el juego nos acecha en la madurez. El candidato del partido de la oposición o el corresponsal del diario de la capital o el director del instituto, asentían. No hay que decir que nadie había visto jamás a don Rodrigo con un naipe en la mano.

Cuando el tiempo estaba revuelto no salíamos, y la muchacha dejaba otra copa de jerez o de vermut en su bandeja de plata, sobre el escritorio de caoba de mi amigo. Era la hora del crepúsculo, y los muebles sólidos, antiguos, con ese olor a madera noble y a cera que relacionamos siempre con las sacristías, se volvían borrosos, fantasmales. Don Rodrigo se calaba las gafas, acercaba su cara al periódico para darme algún detalle y, tras comprobar que ya no le era posible leer con claridad, encendía la lámpara de sobremesa con pantalla verde. Entonces afloraban nuevamente los libros empastados, la vitrina de las escopetas, las acuarelas, obra de Angelita, que representaban cabezas de perros antiguos de la casa: finas cabezas inteligentes y vivaces, con un no sé qué de tristeza los grandes ojos oscuros.

La hora de doña Ángeles era otra. Siempre la relaciono con las tardes de invierno, sentada junto a la chimenea, ordenando viejas fotografías o separando de alguna revista francesa algún patrón de costura. Tomábamos café y hablábamos de los últimos escándalos del pueblo: problemas matrimoniales, súbitas ruinas o fortunas inexplicables. Doña Ángeles era alta y delgada; su pelo cobrizo tenía alguna veta blanca y su fina piel lechosa de pelirroja estaba delicadamente constelada de pecas en el escote y de diminutas, finísimas arruguillas en el dorso de las manos y en torno a los ojos color miel.

Al contrario que su marido, doña Ángeles gustaba de la elegancia en el vestuario.

-En el pueblo hay gente que te critica - decía yo -. Murmuran que te gastas fortunas en ropa.

Ángeles reía. Ella y yo sabíamos que la mayor parte de sus vestidos eran de confección casera, perfectamente copiados de los carísimos modelos de París. Cuando remataba alguno, lo exhibía delante de mí como en un desfile de moda. Yo alababa el vestido y también su figura.

-Podrías ponerte el traje de novia y te sentaría exactamente igual que el día de tu boda. No tendrías que retocar ni un solo botón.

Ángeles reía de nuevo. Yo sabía que me estaba agradecida por aquellos breves momentos de olvido, por la diversión que le causaba mi inepta galantería de cincuentón soltero. Desde la muerte de su hijo mayor, ya casi diez años, todo lo que hacía o decía estaba fatalmente teñido de desgana, de cansancio, como si ante el telón de fondo de su tristeza cualquier acto o palabra revelara un rostro trivial y falto de propósito. Se quedaba mirando la esquina de la mesita o un punto inconcreto del aire de la habitación con una taza vacía en la mano, en una especie de autismo que, lejos de ceder con el tiempo, se estaba volviendo crónico.

- ¿Sabes que ponen a la venta Villa Guadalupe? - le decía yo - Esta mañana fui a curiosear. Piden treinta millones, pero ¡qué lujo, qué muebles!.

Entonces ella me pedía detalles, no sé si por un resto de curiosidad no muerta del todo, por cortesía hacia mí o por el puro automatismo del contacto verbal. Yo se los daba.

La estación de Angelita era el verano, y su hora, la de la siesta. Angelita aborrecía la costumbre de acostarse después de comer, en las horas sofocantes de la tarde, horas en que prefería pasear por la huerta con el cuaderno de bocetos en la mano o trabajar en el cuartito que ella llamaba estudio. El calor no le hacía sufrir, pero sí los rayos del sol que quemaban su piel, finísima como la de la madre, por lo que siempre salía al exterior con los brazos cubiertos y un ancho sombrero de paja en la cabeza. Al regresar al estudio se sujetaba la melena cobriza en un grueso moño y se remangaba la blusa por encima de los codos. A veces me obligaba a posar para ella.

-Tienes una nariz arrogante, don Jaime -decía-. Una cabeza de *condottiere*.

Conservo varios retratos y apuntes rápidos que me hizo: unos al carbón, otros al pastel o a la acuarela. En uno de ellos aparezco de perfil. Angelita apenas disimulaba la risa mientras trabajaba en él.

-Ya sé que soy feo -le dije-, pero no sabía que fuera risible. Tenía la esperanza de ser, al menos, de una fealdad digna.

Angelita se mordía los labios y decía:

-Calla, calla; ya verás.

Luego me lo mostró. El motivo de su risa era haberme adornado con una sedosa melena, al estilo del quattrocento.

-¿Lo ves? -dijo-. Podrías ser un Sforza.

-Más bien un Shylock - dije, aunque me había favorecido de un modo muy halagüeño.

-Oye, oye: denígrate a ti mismo si quieres, pero no te metas con mi retrato. Soy muy buena.

-Ya sé. Angelita, ya sé.

Angelita era alta como los padres y tenía los ojos azules de don Rodrigo. En la época de mi retrato sforzesco tendría veintiocho años. Me costaría trabajo decir si era hermosa o no. La recuerdo de primera comunión: una niña pecosa, de aire conspirador y picaresco, a quien no sentaba nada bien el vestido de novia diminuta y su tácita exigencia de blanda dulzura. ¿Era hermosa Angelita? A mí me lo parecía; quizá porque su juventud me hacía recordar la de su madre y mi propia juventud, y en el renacimiento o revitalización de aquel mismo tipo femenino me parecía encontrar una negación del tiempo, un propósito oculto que, como algunas obras de arte, era preciso interpretar; una meditación - pero no una reflexión - sobre lo fugaz y lo eterno, sobre ese punto de la conciencia en que lo trivial y lo importante intercambian papeles.

Angelita había estudiado Bellas Artes en Madrid y después en Roma. Italia está llena de atractivos para un artista. Esperábamos verla triunfar en las exposiciones, verla brillar, como decían nuestros abuelos. Temíamos que acabara casándose con un extranjero y que no

volviera más al pueblo ni, quizás, a España. Cuando partió para Roma, después de conseguir su licenciatura en Madrid, le regalé un broche de brillantes de mi familia. No sé si era un regalo apropiado para una chica de veintitrés años, pero yo lo consideraba como un regalo de despedida, de despedida para siempre.

Un día regresó, sin avisar, sin equipaje, apenas un año o año y medio después de su partida. Durante una larga temporada no quiso ver a nadie y a nadie explicó nada. Yo vi sufrir a Rodrigo y a Ángeles por su salud y por su falta de confianza en ellos, y, aunque poco a poco fue recuperándose y mandó comprar papel y lápices, quedó establecido de un modo silencioso que no había que preguntar, ni tan siquiera aludir, a lo que sucedió en Roma. Tampoco volvió a pintar al óleo.

-Debes salir de aquí -le decía yo- ¿Qué clase de gente vas a encontrar en un sitio como éste? Vuélvete a Madrid. No te abandones así.

Ni yo mismo creía en mis recomendaciones, pero me parecían del género de consejos que es menester dar a una muchacha: la excesiva quietud en los jóvenes nos preocupa más que el excesivo alocamiento. Angelita no me hacía caso y yo tenía que fingir enfado, pero en el fondo estaba satisfecho porque comprendía que ella era de los nuestros, de los que pensamos que no hay más ni mejor vida en unos sitios que en otros y que la felicidad, básicamente imparcial, se prodiga o se escatima según su capricho, no por razones geográficas o densidades de población.

Recuerdo el último día que los vi juntos. Era un caluroso mediodía de finales de verano, cuando ya nos hemos habituado al calor y a las maneras de defenderse de él, sin él desconcierto de las primeras semanas. Las persianas de madera verde estaban bajadas y una fresca penumbra inundaba el salón de la casa, en cuyo techo zumbaban perezosamente las aspas de un ventilador eléctrico. Los hombres bebíamos cerveza y las mujeres limonada con hielo. En el tocadiscos sonaba una de mis piezas favoritas: las siete diferencias de Guárdame las vacas, que tantas veces había escuchado en la vihuela de mi amigo Gaspar Abrantes. Yo llevaba un traje claro, hecho aquel mismo verano, y comprobaba con satisfacción que ya no era un traje nuevo, que había perdido la audacia y la incertidumbre de la ropa nueva y que ahora su color, su hechura y sus arrugas formaban parte de lo diario, de lo que no es preciso plantearse. Angelita, sentada en una butaca de mimbre bajo el ventilador, secaba con los dedos su mata de pelo rojizo recién lavado y bajo el borde del vestido asomaba un pie descalzo, tan blanco como la tela, que se balanceaba el ritmo de la música. Doña Ángeles entraba y salía, sola o con la criada, hablando de tiempos de cocción y temperaturas del horno. De vez en cuando dejaba una bandeja con aperitivos cerca del tablero en el que don Rodrigo y yo intentábamos resolver el problema ajedrecístico del periódico.

Todos tenían sus defectos, sus penas - ¿quién no los tiene? -, pero había algo en sus vidas, en aquella misma escena, que era extrañamente armonioso, incontestablemente civilizado. Sin deliberación y hasta sin conciencia de ello, sus vidas estaban gobernadas por la mayor de las rectitudes, no por eso que se llama mentalidad burguesa, que presupone una abdicación de lo personal en favor de lo grupal. Naturalmente iban a los bailes del Casino y a las procesiones, y allí trataban con lo que vamos a llamar sociedad, pero nunca se les ocurrió pensar que tuvieran algo que ver con ella ni que formaran parte de ninguna casta o clase. Había un perfecto encaje

entre su modo de vida y el papel que les había correspondido representar en el mundo. Sin esfuerzo y sin énfasis se sabían únicos y, como actores cuyo carácter y destino están prefigurados antes de que el telón se alce, habían desterrado de sus vidas la angustia de los que creen que vale la pena cambiar algo, aunque sea uno mismo.

Se me dirá que estas excelencias que canto están al alcance de cualquiera que tenga tan poca altura de miras como sentido de la responsabilidad colectiva o - terrible palabra - política. Pero yo ya estoy, o me siento, demasiado viejo como para llamar virtud al gesto destemplado del demagogo o a la prédica del ambicioso encubierto. Todo es defectuoso en este mundo; escojamos los defectos que menos nos desagraden. La monotonía y la resignación nunca han hecho mal a nadie. Aquella madrugada murió don Rodrigo de un ataque cerebral.

Yo mismo las acompañé a la estación.

-¿Lo habéis pensado bien? -pregunté por enésima vez.

Ni don Rodrigo ni doña Ángeles eran del pueblo. Lo habían sido durante todos aquellos años, pero con la muerte del médico la etapa había terminado. "¿Lo habéis pensado bien?" era la pregunta que yo repetía a diario desde que me dijeron que se iban. Ángeles me contestaba con gesto vago, sin explicar que las dos necesitaban olvidar, que Angelita era joven aún. Que ya no eran una familia sino los restos de una familia y que, por tanto, debían encontrar otro hueco en el mundo que se adaptara a su nueva situación: el antiguo se había vuelto demasiado ancho por unos lugares, demasiado estrecho por otros y de forma incómoda por todos. Ángeles me tendió el juego de llaves y me pidió que intentara vender la casa, negándose ya a responder a mi pregunta.

Yo la comprendía. Las nuevas circunstancias las convertían en una viuda empobrecida y su hija solterona y, aunque esto fuera inevitable, había que encontrar el modo de que no doliera tanto. En algún lugar del mundo tenía que existir la posibilidad de ser lo que aquellas palabras atroces indicaban sin que el dedo de la conmiseración, hipócrita o sincera, las señalase. Sin antiguas envidias, sin burlas, sin la satisfacción de imaginarias revanchas. Viuda empobrecida, hija solterona: personas poco prácticas a quienes todo se lo habían dado hecho. Personas distraídas, quizás algo histéricas, quizás no del todo cuerdas: ese sería el diagnóstico. Eso eran aquellas dos mujeres a las que yo quería. No; no podía ser. Era forzoso buscar un sitio donde a su ruina familiar nadie pudiera superponer la imagen del pasado; donde, con mayor o menor dolor, fuesen nuevamente personas y no restos o despojos de esa unidad sobrepersonal, tan infrecuentemente admirable, que llamamos familia.

El tren anunciaba su partida. Angelita, sobresaltada de pronto, me preguntó:

-¿Qué será de Isolda?

Yo la tranquilicé: volvería a mi finca, con el resto de los perros.

La tarde calurosa se resistía a morir con dignidad y, patéticamente, compraba supervivencia al precio de su belleza, agonizando entre grises opacos. Del campo llegaban oleadas de un olor caliente: olor a trigo recién segado y agavillado. Por el andén pasaban muchachas del pueblo, esbeltas y graciosas, tímidas y sonrientes, con los finos tacones y los floreados vestidos que se

ponían todos los días a aquella hora, cuando sus madres comprobaban que la ropa estaba planchada y la vajilla limpia y en orden, y con una seriedad ritual les permitían salir con las amigas antes de la cena. Los muchachos de su edad se apostaban junto a la máquina automática de refrescos, con sus pantalones téjanos y su aire candorosamente hosco, simulado interés por su mundo de cervezas y motocicletas, y con el corazón adolescente perdido sin remisión en el revuelo de una falda, en el brillo de una melena.

Si no era yo quien se iba, ¿por qué tenía la sensación de que todo mi universo me abandonaba? Ángeles me tendió la mano y yo la rocé con los labios. Angelita me echó los brazos al cuello y me besó en ambas mejillas: un adiós para un viejo amigo de la casa. Un adiós en el que no faltaron los ojos húmedos y los "cuídate" pronunciados con voz temblorosa.

Luego llegaba el tren y los muchachos y muchachas dejaban por un momento de pensar los unos en los otros y soñaban con el viaje, con marcharse lejos. El viaje era la impunidad, la libertad de los sometidos, la última rebeldía de los no rebeldes, la postiza imaginación de quienes carecían de ella, la pasajera y mentirosa esperanza de todos. Creían anhelar un viaje y sólo deseaban vivir: pero vivir, adentrarse en el viaje sin retorno del tiempo, del amor y la amargura, aún no tenía, aún no podía tener para ellos otra cara que la del viajero, otra estampa que la de aquel tren y su destino ignorado. Añadí a mi pena por la despedida, mi pena hacia ellos: un día se darían cuenta, con pesar, con espanto, de que la vida se les había consumido en aquellas tardes de chicas, cervezas y motocicletas. Mirarían incrédulos a su alrededor y no podrían encontrar ya nada que mereciera la pena ver, nada capaz de arder; sólo el humo disipado de su incendio juvenil, ignorante de sí mismo, fútilmente malbaratado.

Todavía escuché una última recomendación sobre Isolda; todavía me tuve que morder los labios otra vez más para no repetir: "¿Lo habéis pensado bien?". En las presurosas ventanillas del tren en marcha alcancé a vislumbrar la imagen de un hombre corpulento vestido con un traje claro lleno de arrugas. Perplejo, solo en el andén, como si acabara de llegar.

*

El médico nuevo venía de la ciudad. Era un joven de unos treinta años, barbudo, que recorría el pueblo en bicicleta, a gran velocidad, vestido con unos pantalones cortos si el tiempo así lo aconsejaba. Vivía con su familia en una colonia nueva de casitas blancas, a las afueras del pueblo, y muy pronto se supo que todas las tardes tomaba un solitario café en un bar cercano a su casa, pero que, aparte de esta venial expansión, no frecuentaba ningún otro local del pueblo, sin excluir el Casino. El propietario del bar en cuestión declaró que jamás tomaba alcohol y múltiples testimonios coincidieron en que tampoco fumaba.

Como era natural, la mayor parte del pueblo desfiló por su consulta con pretextos más o menos consistentes. Todas las personas con las que hablé se mostraron de acuerdo en proclamar su paciencia, gentileza y sencillez de trato, aunque siempre redondeaban el favorable balance con un "lastima que...". No era preciso revelar la reticencia, todos nos entendíamos. Había razones para pensar que era un profesional excelente y hasta una buena persona, pero ¿cuándo se había visto a un médico en bicicleta y calzones cortos? ¿Cómo es

que no iba al Casino a conversar con el alcalde y el eterno candidato de la oposición; con el dentista, el director del banco y el notario, personas todas ellas del mayor interés?

-¿Cómo es que ni siquiera es amigo de usted? - me preguntaban las buenas gentes desconcertadas, pues mi importancia en el pueblo, aunque de origen y naturaleza tan misteriosa que ni yo mismo sabría explicarlos, era y es un hecho.

-¿Y su mujer? ¿Ha visto usted a su mujer? - era la cuestión palpitante para el bello sexo.

Sí que la había visto, cómo no: una lánguida muchacha de poco más de veinticinco años, a quien era imposible ver con un atuendo que no consistiera en pantalones téjanos, camisetas de talla desmesurada y zapatillas de lona. Una muchacha para quien las dos peluquerías del pueblo parecían no existir, pues su monótono tocado se reducía a una lacia melena castaña que le llegaba por la cintura, partida en mitad del cráneo por una raya, eso sí, escrupulosamente rectilínea. Una muchacha que hacía las compras diarias en persona, y a quien los comerciantes, acostumbrados al displicente señorío de doña Ángeles, supieron que era imposible engañar en calidad, peso o precio, ya que discutía hasta la última mácula del último tomate, y no con el desgarro de las comadres del pueblo, sino con una expresión cerrada, silenciosamente crítica, inapelable. Para colmo, apenas compraba otra cosa que grandes cantidades de frutas y verduras, por lo que no me parecieron indignos de crédito ciertos rumores según los cuales Esmeralda, que así se llamaba la mujer del médico, gustaba de amamantar a su hija pequeña en pleno campo, bajo la luz del sol o a la sombra de un árbol. No permití que me desalentaran las noticias ni las conjeturas. Me decidí a visitarlos.

La casa era tal como me la había imaginado: pequeña, moderna y sin estilo; víctima de esa obsesión de los arquitectos de hoy por los grandes ventanales, que sólo sirven para extremar dentro de casa las temperaturas de fuera, no para compensarla como debería dictar una razón en aparente desuso. Casi todos los muebles eran viejos y vulgares: imaginé que estaban incluidos en el alquiler. Solamente aquí y allá se veía algún detalle de gusto. Había pensado llevarles unas botellas de vino de mi cosecha, pero a la vista de los informes obtenidos no me pareció un regalo apropiado: los vegetarianos -y había vehementes indicios de que ellos lo eran -sienten una inexplicable aversión hacia el vino, siendo así que pocas cosas son tan irreprochablemente vegetales. Al final me decidí por una cesta de frutas de mi huerta.

-Yo esperaba encontrarle a usted en el Casino para ponerme a su disposición -dije -, pero como no aporta usted por allí me he tomado la libertad de visitarles. Un recién llegado siempre encuentra problemas y dificultades, y no voy a permitir que pasen por todo eso estando yo aquí.

El joven médico -don Román era su nombre- me observaba con ese característico aire impenetrable de las personas que usan, simultáneamente, gafas y barba, pero yo estaba seguro de que le divertían mi aspecto, mis modales y mi retórica deliberadamente anticuada, y también estaba seguro de que se estaba preguntando qué era lo que yo pretendía exactamente con aquella visita.

-No tenía que haberse molestado -dijo con una voz de bajo profundo-. Mejor o peor, ya estamos instalados, como ve. Respecto a lo de ir al Casino, va a ser difícil que nos veamos allí.

-¿No le agrada nuestro Casino? -pregunté candorosamente.

-Francamente no -dijo-. Pero no éste en particular; es el ambiente de casino del pueblo lo que no me gusta. Las fuerzas vivas, los caciques, todo eso...

Aquello fue una andanada directa contra mí. A fin de cuentas, ¿qué era yo para él más que un cacique ocioso que pretendía curiosear y probablemente controlar su vida? Nuestro tiempo es paradójico: ahora que todos tenemos ocasión de ver el mundo con nuestros propios ojos, cosa vedada a los antiguos, es precisamente cuando más nos negamos a hacer caso de esos ojos: nos limitamos a ejercitarlos a manera de cámara fotográfica e instintivamente buscamos el encuadre y el punto de vista que las tarjetas postales nos han enseñado a considerar el mejor. Tenemos la realidad delante de la vista y sólo vemos lo que ya estaba en las guías de turismo, en las revistas geográficas y en los reportajes de la televisión. Don Román, como tantos jóvenes de ciudad, estaba empachado de literatura, y no de la mejor. Era inteligente y había viajado -tenía afiches de París, Berlín y Florencia-, pero albergaba ideas falsas sobre los pueblos, prejuicios fácilmente corregibles que no se había molestado en contrastar con la realidad.

Fingí asombro.

-¿Las fuerzas vivas? ¡Pero usted es una fuerza viva, aunque ya nadie utiliza esa expresión!

-No quiero serlo -dijo taxativo.

-Entonces - pregunté -, ¿debo entender que están de paso, que en cuanto tengan oportunidad se trasladarán a un sitio mejor o mayor que éste, cosas que se confunden muy a menudo?

-No, en absoluto -repuso-; nos gusta esto. Nos vamos a quedar, ¿verdad?

Esmeralda, sentada junto a su marido, asistió con una sonrisa. Era guapa; era mucho más guapa de lo que ella misma se figuraba, pero por alguna razón castigaba a su propia belleza como si se tratase de una enemiga. Llevaba una especie de camisola larga, por encima de las rodillas. No soy tan viejo como para no sentirme interesado en unas piernas femeninas desnudas, pero retiré la vista, lleno de horror, cuando vi que las llevaba sin depilar. Inmediatamente me acordé de Covadonga, nuestra Covadonga: teósofa y mística, astróloga y nudista, experta en toda clase de sospechosas nigromancias. Covadonga y su malhadado final. Si era como ella, pensé deprimido, no había nada que hacer; pero entonces trajo una botella de vino y una fuente de jamón, y empecé a comprender a la pareja. Piernas sin depilar más vegetarianismo es síntoma de algún ominoso matiz de lo fanático. Piernas sin depilar más jamón y vino es algo completamente distinto.

-Yo no les acompaño - dijo -; si bebo vino, la niña nota un sabor extraño en la leche.

Ofrecí cigarrillos - no me había atrevido hasta entonces - y ambos aceptaron. Empecé a comprenderlos. Me hablaron de su vida. Don Román era hijo de un funcionario de policía de rango no muy alto. En la Facultad de Medicina comprobó que las brillantes carreras en la enseñanza, la clínica o la investigación estaban reservadas, dinásticamente, a los hijos, cofrades y allegados de los que ya ocupaban la cumbre, fuere cual fuere su talento.

-Tampoco me atraía un trabajo administrativo - dijo -. Yo soy médico.

No era más que uno de esos muchachos que vemos en nuestras ciudades a diario: peinados, vestidos y calzados con ese estilo barato y efímero que se suele llamar moda; responsables y estudiosos, ingenuos y leales, buenos hijos y excelentes maridos y padres. Su misión es la de servir de correa transmisora de las esencias de la clase media, eso que Carlos Alberto Durand llama filisteísmo y que yo prefiero denominar gloriosa, entrañable, inmarcesible vulgaridad.

Pero estos jóvenes pasan por una fase peligrosa: a sus dieciocho o veinte años tienen un sueño que los fulmina como un rayo. Este sueño es más o menos noble, disparatado o pueril; su argumento puede ser social, intelectual o moral. Es el vislumbre de su instalación en el mundo, la borrosa imagen de una vida plena. Ocasionalmente el sueño coincide con las aspiraciones mejor vistas, pero otras veces tiene aspectos equívocos, se presta a malinterpretaciones y se oculta celosamente para ser contemplado en secreto, con el temeroso orgullo de las resoluciones solitarias y valerosas.

Con el tiempo, el sueño camina su propia vida y muere su propia muerte, brusca o demorada, en la trama de la existencia. Obligado a sucumbir para que aquélla prosiga sin estorbos, o diluido en ella, desvirtuado, hecho caricatura o momia de sí mismo, el sueño no sobrevive al soñador y éste olvida o niega con frecuencia a su huésped de paso.

Pero otras veces el sueño consigue abrirse camino entre la espesa muchedumbre de trampas que quisieran acabar con él. Otras veces, olvidado en apariencia o semioculto, nos va dirigiendo a través de nuestros propios actos sin que nos demos cuenta, ciegos guiados por una luz que no podemos ver, hasta que al lado del camino lo volvemos a encontrar, intacto como el primer día, hecho realidad para quienes fueron capaces de renunciar a sustituirlo por otro sueño más bajo.

-Aquí conoceré a mis pacientes. Trataré enfermos y no enfermedades.

Esto me decía don Román, y se callaba esto otro: "Seré una figura respetada y querida, un hombre adornado por el prestigio de la bondad y la honradez". Este era su sueño; no un sueño detallado, de perfiles nítidos, sino más bien una vaga prefiguración de sí mismo definida por el rechazo a las cosas que le molestaban: la ambición, los privilegios, las luchas despiadadas de la ciudad.

Comprendí que la barba, la bicicleta, las piernas sin depilar de la mujer y la negativa a codearse con nosotros eran su torpe, prejuiciosa y ciudadana forma de afrontar la vida en el pueblo, su equivocada manera de representar el sueño. Podría haberles dicho que por ese camino no iban a ninguna parte, que comportándose como turistas eternos jamás conseguirían entrar en el pueblo; que su sueño era correcto y accesible, pero no de aquella manera. Sin embargo, fue esto otro lo que dije:

-Tengo una casa que puede que les interese.

Yo he llamado muchas veces a esta puerta en vida de don Rodrigo Gaitán, el anterior dueño de la casa. Ahora vuelve a estar abierta, excepto durante la noche, y nuevamente doy dos golpes rápidos en el llamador de latón para advertir de mi presencia. Nadie sale a recibirme, como es

costumbre aquí con la gente de confianza, con los amigos de la casa. Al principio sí lo hacían: la puerta estaba cerrada y yo escuchaba pasos apresurados por el interior. Esmeralda o Román abrían unos centímetros con el rostro opaco y ligeramente a la defensiva que supongo utilizan en la ciudad, donde es raro que alguien llame a la puerta sin cita previa a menos que pretenda vender algo: libros, lástima o salvación eterna.

Esmeralda se secaba las manos con un trapo y yo veía su delantal, que se había quitado presurosamente, arrugado sobre una silla. Román abría la puerta mientras se desdoblaba la solapa de la chaqueta, puesta a toda prisa para recibir decorosamente a quienquiera que fuese. Pero poco a poco abandonaron estas innecesarias precauciones, estas muestras de desconfianza o distanciamiento. Ahora ya no cierran la puerta, y me invitan a pasar con una voz desde el lugar de la casa donde se encuentren en el momento de mi llegada. Yo entro en el despacho, en la sala o en el cuarto de las niñas sin saludos que supriman la naturalidad, sin ceremonias que enrarezcan fútilmente el tono de la conversación, la simpleza de la vida.

Román, al principio, era más intelectual que el difunto Rodrigo. Solía sorprenderle en el despacho con un libro científico en la mano. A medida que pasaban los meses en su nuevo hogar, fue sustituyendo los libros científicos por novelas o ensayos, y un día finalmente lo descubrí examinando una de las escopetas de Rodrigo: la Franchi automática, la mejor que tenía. Ha rejuvenecido al quitarse la barba, aunque ha conservado el bigote; no está mal que un médico use bigote. Desde hace algún tiempo he notado cómo decae su interés por la política local, hacia la que tuvo un breve apasionamiento que no desalenté. Sabía que un hombre inteligente como él, un hombre de carrera, no podría sentirse atraído durante mucho tiempo por algo tan falto de importancia.

Esmeralda, en los primeros tiempos de habitar la vieja casa de don Rodrigo, me hacía el efecto de una invitada pobre o de una infeliz muchacha que optara al puesto de sirvienta. Con su inculta melena y su escuálido aspecto adolescente, parecía incómoda, abrumada entre los muebles y los cuadros de don Rodrigo, pero no tardó mucho tiempo en comprender lo que la casa exigía de ella. Su mejor trabajo ha sido la huerta, de la que Rodrigo y Ángeles no se ocupaban mucho, y cuya maraña vegetal prefería Angelita, románticamente, como tema para sus esbozos. Esmeralda ha hecho venir a los mejores agricultores del pueblo, y no se ha limitado a verlos trabajar sino que ha aprendido a hacerlo ella misma. Ha podado, curado e injertado los frutales; ha rastrillado, binado y abonado el suelo; ha trazado bancales para las hortalizas y reservado para el jardín la parte más próxima a la casa. Ahora sí es capaz de llenar el salón con su hermosa presencia, como si siempre hubiera sido su decorado natural. Ha prescindido de aquel estilo rebuscadamente inconformista y ha alcanzado esa sencillez cuya puerta insistía en buscar donde no estaba. Ahora se peina y se viste como una muchacha de su edad, y no como una niña que acabara de despertar de un sueño de diez años. Parece, ella también, más joven que antes, auténticamente joven, como quien acaba de estrenar una vida nueva.

La niña mayor, Rebeca, tiene tres años y es aficionada a la pintura, como todos los niños, pero yo creo que va a ser la pequeña, la dulce y distraída Raquel, que ahora tiene apenas un año, quien terminará usando el cuarto de la huerta y los viejos caballetes que Angelita abandonó allí. Es una intuición.

Hoy es un día importante porque tengo un regalo para ellos: traigo de vuelta a Isolda. Dicen que los perros se aficianan a las personas mientras que los gatos se aficianan a las casas, pero sé que Isolda no va a extrañar nada. Las personas que ahora habitan la casa de don Rodrigo no son, claro está, las mismas que la perra conoció, pero ¿acaso la identidad no es una abstracción, un trabajoso artificio? Dios dispone que las formas humanas se llamen Alejandro o Cristo, María o Mesalina; nos ha dejado esas formas huecas para que las llenemos con nuestras más o menos inútiles pasiones, y así cada uno de nosotros es el último relevo de un ejército de muertos que sirvieron en nuestro puesto antes que nosotros.

Yo empiezo a estar viejo y me siento solo con frecuencia. No veo ningún mal en haber empujado a Román y Esmeralda hacia la vieja casa de don Rodrigo, en haber rectificado suavemente el rumbo de su sueño a través de la influencia de la casa. Sólo les he ayudado a encontrar el lugar que buscaban por rutas erradas, tal como hice con Rodrigo y Ángeles cuando llegaron de la ciudad, tan jóvenes, con sus niños en brazos, y les proporcioné esta casa para que vivieran en ella.

CARTA DE JORGE LÓPEZ TÁVORA A JORGE LÓPEZ TÁVORA.

That it will never come again.

Is what makes life so sweet.

EMILY DICKINSON.

Ya ves, no he podido resistir la tentación de encabezar esta carta con unos versos extranjeros, cometiendo además la pedantería de no traducirlos, aunque su sentido es transparente para cualquier alumno de primer curso de inglés.

¿Su sentido o su significado? No lo sé, no lo sabes. Hay ya demasiada prosa embarullada, nacional e internacional, sobre estos matices. Recuerda que en tus tiempos de estudiante la Estilística era un viejo búfalo que agonizaba entre las garras del pujante león estructuralista, y que luego, en tus primeros años como profesor, aquel león, ya viejo él también, fue destronado por la Semiótica, la cual no tardaría mucho en hallarse en paradero desconocido, ahuyenta sin duda por el formidable empuje de la Pragmática. Recuerda cómo procurabas mantenerte al tanto de estas y otras interesantes novedades, obstinadamente empeñado en descifrar mamotretos, que incluso buscabas en sus idiomas originales por creer que su hinchada tontería pudiera deberse a la impericia de los traductores.

Parece que todo sucedió hace una eternidad. Raquel avanzaba lentamente con su tesis y tú te esforzabas todo lo que podías en ayudarla, leyendo por ella, redactando fichas, intentado explicarle lo inexplicable hasta que ambos perdíais la paciencia. Ella fue más lista que tú: se dio cuenta de que no había nada que entender, ninguna misteriosa sabiduría en la que profundizar. Para tener éxito en el mundo universitario bastaba con repetir media docena de ortodoxas y patéticas vacuidades en el dialecto de moda. Era así de sencillo. Su habilidad para saber de dónde soplaban los vientos, unida a una falta general de honradez que tú entonces te negabas a ver, la han convertido en doctora y en profesora universitaria. Ella ha dado el salto a la capital y tú sigues en el pueblo con tus alumnos de bachillerato, en la misma casa donde pasaste tantas noches trabajando en su tesis, pero ahora solo.

Por tanto, vamos a dejar al margen los juegos de palabras. Conocí - conocimos - a un individuo que se pasó una mañana entera disertando sobre lo eficaz, lo efectivo y lo eficiente. Claro que era un inspector y también dominaba el dialecto adecuado, pues en caso contrario nunca hubiera llegado a inspector. Me producen un cansancio indescriptible las palabras que tratan sobre otras palabras y no sobre realidades, como sentido y significado. Lo que quería decirte es que los versos que puse al principio son fáciles de traducir, pero no estoy seguro de que sean igualmente fáciles de entender. Hasta yo mismo puedo intentar una traducción, en heptasílabos por ejemplo: "Porque nunca regresa / es tan dulce la vida". O en endecasílabos: "El que nunca jamás torne a nosotros / es lo que hace a la vida ser tan dulce". Sin embargo no los entendemos: son versos que proceden de una experiencia intransferible, un poco como los haiku de Matsuo Basho. Nos dan el resultado de una iluminación, pero no pueden darnos la iluminación. ¿Cómo llegó Emily Dickinson a escribir esos dos versos? ¿Qué fue lo que le

sucedió para alcanzar una conclusión tan opuesta al sentir general? ¿No es acaso lo más amargo de la vida el no poder rectificarla?.

Hoy he hecho algo por ti: he intentado ayudarte a corroborar o refutar esos dos versos. He tratado de entender a Dickinson o de alejarme definitivamente de ella. He tenido una aventura en la calle prohibida.

Hace cinco años que no te atreves a subir por la calle de los Herradores en dirección a la Crucera de San Antonio a ninguna hora del día o de la noche. Esto es un hecho. Llevas cinco años evitando la calle, dando rodeos que justificas ante ti mismo de mil maneras que a mí no me pueden engañar: la calle es demasiado empinada y te fatiga, está mal pavimentada y temes por tu antigua lesión de tobillo, es fría, o es calurosa, la chacina de la fábrica de embutidos da mal olor. No son más que pretextos para tapar tu miedo.

Recuerda el primer día, a poco de regresar Raquel y tú de vuestro viaje a Florencia: comenzaste subir por la calle de los Herradores hasta que te fue ganando un desasosiego que no te podías explicar y que te obligó a detenerte en la mitad de la calzada intentado dar con su causa. Eran las primeras horas de la tarde. La luz del sol venía de tu izquierda y hacía brillar los adoquines con un fulgor como metálico. A tu derecha un muro ciego de piedra recibía la sombra oblicua de los edificios de enfrente. La sombra cortaba el muro en diagonal, con un determinado ángulo, y la parte iluminada, por encima de la frontera entre luz y sombra, tenía un cálido tono dorado de piedra arenisca que contrastaba con la fría penumbra azulada.

La calle de los Herradores no desemboca directamente en la Crucera de San Antonio. Hacia el final, un muro perpendicular al eje de la calle corta la perspectiva, de forma que para acceder a la plazuela es necesario girar hacia la izquierda hasta salvar la esquina del edificio. Desde donde estabas, por tanto, no te era posible ver la plaza, pero ya habías subido alguna vez por aquella calle y sabías que su cerrazón era engañosa, que la invisible plaza estaba allí y que su presencia súbitamente liberadora podía paladearse de antemano aun sin verla. Fue esto, la presencia invisible, la inminencia de la plaza, lo que te obligó a detenerte aquejado de la imposibilidad de dar un nuevo paso hacia delante. Te giraste en redondo para desandar toda la calle y continuaste tu paseo por otro camino sin analizar lo que acababa de sucederte, ignorando que acababas de inaugurar una zona prohibida, un miedo de cinco años.

La segunda vez que lo intentaste era de noche. Raquel había ido a Madrid para entrevistarse con el director de su tesis, Sainz Calvo: un catedrático de moda cuyas corbatas apenas lograban ser más originales que sus puntos de vista y cuyo nombre sonaba insistentemente como candidato a la Real Academia, hecho que quizá no tuviera nada que ver con su propensión a salir fotografiado en compañía de esposas de políticos.

Intentaste convencer a Raquel para que tomara el tren, pero ella se empeñó en viajar sola con el cochecito de segunda mano que habíais comprado - que ella había insistido en que comprarais - cuando te dieron destino en Tolmera. Salió muy temprano, sin despertarte, y cuando te levantaste de la cama, ya avanzando el día, y te encontraste en una casa desierta y silenciosa te sorprendió y te avergonzó tu sensación de no echarla de menos, tu culpable bienestar. Te duchaste sin prisa y, con el periódico bajo el brazo, te fuiste a desayunar al Café

Nuevo. Tú no lo reconocerías ante nadie, ni siquiera ante ti mismo, por eso tengo que decírtelo yo: fue uno de los días más felices de tu vida.

Mientras matabas el tiempo en el café hasta la hora del aperitivo, una punzada intermitente te obligaba a mirar el reloj cada tanto; luego recordabas que Raquel estaba fuera y que tu tiempo era sólo tuyo, Tomaste vino blanco y anchoas en el King's Pub, donde hacía años que no ibas. Recuerda que Luis Rivera dejó de lado su habitual sobriedad profesional y te saludó como a un resucitado. Ya no mirabas el reloj, ya no sentías la punzada culpable de estar haciendo algo que Raquel no podía controlar. El vino y la conversación con Rivera borraban aceleradamente tu remordimiento por estar siendo feliz a sus espaldas. Comiste en el Mesón de Don Fadrique y tomaste interminables brandys con sifón en el Casino, a esa hora en que todo parece detenerse y ni una nube pasajera ni una hoja otoñal desprendida dan testimonio del transcurso de un tiempo repentinamente coagulado, suspendido en su fluir por la inmovilidad del espíritu.

A la caída de la tarde fuiste a casa de Carlos Alberto Durand, que acababa de salir de su trabajo en el taller mecánico. Sacó una botella de whisky barato y hablasteis de todo un poco, de lo que se había ido acumulando durante aquel tiempo - también habías inmolado aquella amistad en el altar de la tesis de Raquel - mientras Durand bebía deprisa para alcanzar tu punto de alcohol. Le contaste el viaje a Florencia, aquel mismo verano, y quizá mencionaste entonces a María José Rodríguez, cuya historia Durand conocía, pero no le hablaste - porque aún ignorabas su importancia - de lo que te había sucedido unos días atrás en la calle de los Herradores, cuando fuiste incapaz de subirla hasta la Crucera de San Antonio.

Terminasteis hablando de literatura; no me pidas detalles porque tu memoria es la mía y de esto hace ya cinco años, pero hubo una frase de Durand que no hemos olvidado ni tú ni yo: dijo que escribir no es más que enviar cartas desde un lugar inexistente al lugar real donde uno vive. Dijo que no concebía que nadie pudiese escribir sin esas dos condiciones: tener un lugar inexistente desde el que hacerlo y tener necesidad de recibir cartas desde ese lugar. Después añadió que la consumación del escritor es mudarse definitivamente a su lugar inexistente, abandonar el lugar real y por tanto abolir la necesidad de las cartas. En una palabra: dejar de escribir.

Cuando te despediste de Durand era casi medianoche. Sin pensar bien lo que hacías embocaste la calle de los Herradores en dirección a la Crucera de San Antonio. A pesar del alcohol no te sentías soñoliento, sino ligero, lúcido. Ibas pensando en la afición de Durand por las paradojas, en su costumbre de verlo todo al revés, como en una imagen especular, cuando te detuvo en seco la misma desagradable sensación del otro día. No había luna ni, por tanto, sombras; sólo unas amortiguadas luces eléctricas abrían en la oscuridad sus esferas amarillentas y difusas. Ni siquiera parecía la misma calle de la tarde anterior, pero el recuerdo de aquella tarde se sobrepuso inmediatamente a la conciencia de estar otra vez en el mismo sitio y te asaltó el temor de intentar por segunda vez lo que no habías podido hacer la primera.

También volviste sobre tus pasos aquella segunda vez; abandonaste el campo con una sensación de perplejidad más que de vergüenza y te prometiste pensar en el curioso fenómeno, intentarlo una tercera vez con la deliberación que te faltó en la primera y la serenidad que no tuviste en la segunda. Pero sabes que tampoco lo conseguiste la tercera vez

ni las siguientes que lo intentaste, y que fue a partir de entonces cuando empezaste a buscar coartadas, subterfugios para no pasar por allí, por esa zona del pueblo que te has vedado a ti mismo, sin saber por qué, desde hace ya cinco años. Justo desde tu vuelta de Florencia.

Siempre sospechaste que el viaje a Florencia había sido idea de Sainz Calvo. La necesidad, al parecer imperiosa, de perfeccionar su italiano le sobrevino a Raquel de la noche a la mañana, después de uno de sus viajes a Madrid. Inconscientemente sabías que Raquel siempre actuaba por contagio, por influencia, por emulación. Que era incapaz de mirar hacia dentro y encontrar allí sus verdaderas necesidades. Todo lo que apetecía hacer o poseer tenía un ingrediente mezquino, infantil, de envidia por lo que otros hacían o poseían, de credulidad servil por lo que simplemente recomendaban. Nunca tuvo la osadía de elegir por sí misma sin mirar primero qué era lo que los demás habían elegido. Nunca albergó un solo deseo que fuera meramente personal, y no proyección de un deseo ajeno. Todo esto, que yo he sabido desde siempre, empiezas a saberlo tú, ahora que las cosas comienzan a aclararse tras vuestra separación.

Cuando propuso lo del viaje a Florencia, yo ya estaba guardia frente a la creciente influencia de Sainz Calvo sobre ella, pero entonces tú no me escuchabas, ni siquiera me dejabas hablar. Ha sido necesario que mis sospechas se confirmen una por una, que te hayas quedado solo, estafado y exprimido en Tornera para que yo pueda escribirte y mostrarte aquel viaje tal como ella lo planteó: como algo indiscutible, innegociable. Te dejó cuestionar los detalles, pero no la propia necesidad del viaje. Hiciste cuentas y viste que, aunque con estrechez, podías acompañarla. Ella misma se encargó de buscar un apartamento barato a través de la Universidad, lo que exigió un nuevo viaje a Madrid. Afortunadamente no teníais hijos; recuerda que ese adverbio, sólo mío entonces, es ahora también tuyo.

El apartamento era un caluroso ático en Via Ghibellina, una de esas calles de aspecto vetusto y abandonado que se extienden entre el centro histórico y las zonas residenciales. Durante toda la mañana Raquel asistía a sus clases en una academia para extranjeros cercana a vuestra buhardilla. Tú te levantabas tarde y te duchabas parsimoniosamente en un insólito cuarto de baño que carecía de cualquier recipiente para recoger el agua de la ducha: caía con libertad sobre el piso y desaparecía por una rejilla o sumidero colocado justo en el centro de la pieza.

Salías a pasear en busca de periódicos españoles y hacías tiempo hasta la hora de salida de Raquel. Ya entonces debió darte que pensar tu falta de curiosidad por el elegante esplendor florentino: rehuías la Signoria, el Duomo y el Ponte Vecchio, donde se agolpaban los turistas. Ni una sola vez levantaste la cabeza para apreciar la belleza de una cúpula o la esbeltez de un campanario. Las interminables colas ante los Uffizzi te desanimaron de entrar y te limitabas a vagar por calles anodinas con la remota esperanza de encontrar tabaco negro español o, por lo menos, francés.

Comíais en sitios baratos: autoservicios turísticos o pizzerías. Raquel descubrió una trattoria estrecha y oscura cerca de su academia. El establecimiento tenía el atractivo, para ella irresistible, de ser frecuentado por italianos auténticos, seres rarísimos de encontrar por el centro de Florencia durante la pesadilla del verano turístico. La comida era buena, variada y nada cara, pero yo me sentía incómodo en aquel mundo de transportistas musculosos en camisa de cuadros y empleados de corbata oscura y aspecto triste: quizá nuestra presencia les estaba estropeando el único momento tranquilo del día. Te era imposible compartir el

entusiasmo de Raquel por cada vez más cosas. Te negabas a admirar la belleza porque te repugnaba el papel de turista; tampoco participabas en la vida de la ciudad porque no eras uno de ellos. Tú penoso papel era el de intruso, pero no sólo en Florencia, sino en el mundo entero, en la vida de Raquel, en tu propia vida. Estabas, Jorge, prácticamente muerto. Por asfixiarme a mí, por reducirme al silencio y a la insignificancia, te estabas asfixiando tú mismo.

Casi todas las tardes Raquel tenía programada alguna actividad, ya fuera académica o turística. Paseaba en bicicleta con unas amigas suizas, se iba de excursión a Fiesole o hacía recorridos en calesa por la ciudad. Una vez fue a visitar la sinagoga; ¿qué se la habría perdido en una sinagoga? Para tu sorpresa, no insistía demasiado en que la acompañaras, lo que te alivió.

Los primeros días, amodorrado por el barato aunque excelente Chianti de la comida, regresabas al apartamento e intentabas dormir una o dos horas, pero el terrible calor sólo te concedía un sueño agitado del que despenabas sudoroso y con dolor de cabeza. Optaste por no volver a intentarlo: te refugiabas en bares climatizados o en terrazas sombrías donde corriera un poco de aire. El precio de casi todas las bebidas era prohibitivo para vosotros, pero descubriste un aguardiente de uva, al que llamaban grappa, que te permitía pasar una tarde entera por poco dinero: cuatro dosis alternadas con grandes vasos de agua. Intentabas, y conseguías, alcanzar un estado de irregularidad, de estupor, que te permitiera llegar al sueño nocturno casi sin consciencia de las cosas.

A veces, antes de acostaros, preparabas unos espagueti o unos bocadillos mientras Raquel repasaba sus lecciones del día. Otras noches estaba demasiado cansada o tú demasiado borracho. Os derrumbabais cada uno en vuestro lecho -el apartamento no tenía cama de matrimonio- pensando en lo mismo, en que faltaba un día menos para terminar con aquello, aunque vuestros motivos -el sentido o el significado- fueran distintos.

No hicisteis el amor ni una sola vez. Una de las escasas tardes que pasasteis juntos en el apartamento subisteis por la pequeña escalera que comunicaba con la azotea, inaccesible desde cualquier otro punto del edificio que no fuese vuestro ático. Ibais a recoger algunas toallas tendidas, pero una vez allí Raquel vio que las altas barandas de obra la protegían de las miradas y empezó a desvestirse. Te pidió que le subieras una crema de protección solar y cuando regresaste estaba completamente desnuda, tumbada sobre una de las toallas ya secas. Le tendiste el frasco de crema, pero no lo cogió. Cruzó las manos debajo de la nunca y, sin pronunciar palabra, te ofreció su cuerpo. Comenzaste a extender la aceitosa y aromática sustancia por sus piernas, luego por las caderas y por el vientre liso y blanquísimo. Tus manos no mostraron ni avidez ni vacilación al llegar a los agudos senos, realizados por la postura de los brazos: amasaste su resbaladiza forma con la mera curiosidad táctil de un niño que oprimiera un globo lleno de agua. Le indicaste que se diera la vuelta y repetiste la operación por el dorso de su cuerpo. Raquel se estremeció ante el contacto del líquido, relativamente frío, con su piel, y luego, de un modo más lento y agradable, bajo las caricias de tus manos. Habíais hecho aquello muchas veces como preludeo al amor, pero nunca por iniciativa de ella, que sentía - o fingía sentir - desagrado ante aquellas prácticas.

Tú nunca has podido amar a un cuerpo, Jorge, sino a una persona; pero aquella tarde hubieras deseado olvidar que aquel cuerpo era el de Raquel para poder amarlo. Le recordaste que no se quedara dormida bajo el sol, murmuraste algo sobre lavarte las manos, sobre bajar a comprar

no sé qué, y esa fue la vez que estuvisteis más cerca de hacer el amor durante vuestro viaje a Florencia. No debe extrañarte que no lo consiguieras porque el día anterior habías visto a María José Rodríguez en Piazza della Repubblica.

María José Rodríguez: dieciocho años y todavía en segundo curso, agazapada en la última fila de una de las aulas del instituto de Tolmera, donde enseñabas Literatura Española, tres años antes del viaje a Florencia y aún soltero. María José Rodríguez. Inconscientemente se te iban los ojos hacia su pelo al leer en clase el soneto de Lope: "Tiene el vello pardo, encrespado, y los ojuelos como durmiendo en regalado sueño". Una boca infantil que siempre parecía a punto de sollozar. Una graciosa forma femenina, una miniatura de mujer adulta, siempre con falda, medias y zapatos, nunca con los téjanos y las botas de baloncesto que usaban entonces todas las chicas de su edad. Unos ojos color miel, una seriedad anormal para sus años, o eso te parecía.

Entonces vivías solo. Durante unos años habías logrado quedarte en la capital con destinos provisionales, junto a una Raquel que se aferraba al mundo universitario comenzando su segunda licenciatura; pero tu nombramiento definitivo en el instituto de Tolmera clausuró aquella etapa de tu vida. Se acabaron los años interinos, irresponsables, se acabó el estar eternamente a la espera de acontecimientos imposibles de prever y de gobernar. Sólo era una modesta plaza de profesor de pueblo, pero cuando llegaste allí y tomaste posesión de tu cátedra, supiste que ya no se trataba de un juego ni de un papel ocasional en una obra escrita por otro. Buena o mala, era tu profesión, era la vida de verdad. Por primera vez comprendiste el sentido de la expresión alma mater: el destete de una lactancia de cinco años no podía no ser traumático, pero aún era peor el miedo a dar aquel paso, como le sucedía a Raquel.

Le ofreciste venirse contigo al pueblo, pero no quiso. Siempre habíais estado de acuerdo en lo absurdo de burocratizar el amor, pero de pronto Raquel se llenaba de temores que hasta entonces habría calificado de burgueses: el pueblo, la reputación, el disgusto de sus padres... Viajaba a Tolmera algún fin de semana y desaparecía el lunes temprano. Os veíais, quizá, una o dos veces al mes, y vuestros encuentros eran todavía apasionados, pero ella no quería quedarse: te dejaba acostumbrarte a verla aparecer y desaparecer, siempre con prisa, pero nunca te llegaste a habituar a su ropa nueva, a los peinados que se hacía sin consultarte, a expresiones que no compartíais, aprendidas lejos de ti, sin ti. Siempre habíais estudiado juntos y no te extrañó que en sus cortos viajes trajera consigo libros que debías leer y resumir para ella, trabajos que tenías que redactar. Siempre lo habíais hecho así y aquello os unía, os vinculaba, pensabas tú. En realidad sólo amortiguaba tu temor hacia los cambios que notabas en ella. Empezaban las maniobras que culminarían con vuestra boda el verano siguiente.

Pero también te estabas acostumbrando a ver cada día, en un rincón del aula, una carita seria que te empeñabas en seguir considerando infantil, quizá porque era el único modo de que tu inexplicable ternura hacia ella no pareciera equívoca. Una cara que buscaba tu mirada sin insolencia ni provocación, sin las precoces mañas que ya sabías detectar en ciertas alumnas; que parecía reposar en tus ojos y sentirse tranquila y colmada mirándote.

No es difícil intuir lo que somos para alguien: la actitud que instintivamente adoptamos ante los demás es el negativo de su modo de vernos. El hablador nos hace hablar porque nos sentimos incómodos en el papel de mudos que tácitamente nos asigna con su locuacidad; el

tímido nos hace callar y somos altaneros ante quien nos desprecia. De una forma u otra buscamos el modo de que no se nos malinterprete, de restablecer nuestra verdad o lo que tenemos por tal.

¿Cómo te sentías tú ante María José Rodríguez? O dicho de otro modo: ¿qué eras para ella? Recuerda aquella mañana en el salón de exámenes, donde no había pupitres sino ese tipo de sillas que tienen un tablero horizontal adosado al brazo derecho. María José escribía con la mano izquierda y tenía que adoptar una postura muy forzada para hacer su examen. Fuiste a buscar una mesita y una silla cómoda que levantaste sobre tu cabeza para no molestar a los demás alumnos. Depositaste tu carga junto a ella y la invitaste a cambiar de asiento. Te miró muy confusa, ruborizada hasta las orejas. Te miró como a un héroe e inmediatamente percibiste la equivocación y la injusticia y supiste que ni tú ni nadie merecía una mirada como aquella. Es normal que algunos alumnos admiren a sus profesores y no es imposible que sientan gratitud hacia ellos, pero lo que te invadió entonces no fue la satisfacción por el deber cumplido sino el desconcierto y la incredulidad de ser amado sin mérito.

A partir de aquel día te fuiste dando cuenta de que todo era por ti: el disfraz de mujer, la costumbre pueril de escribir los exámenes de Literatura - sólo los de Literatura - con un grueso rotulador verde, las suaves bromas sobre la soledad y la soltería que se permitía hacerte al hilo de los poemas leídos en clase. Intentabas ser neutro, pedagógico. Hacías todo lo posible por escapar del papel implícito que María José te había asignado: el de amante; pero no podías evitar tratarla de modo distinto a los demás alumnos. Eras incapaz de mostrarte severo con sus faltas de ortografía y con su manifiesto desinterés hacia la asignatura. No entendía o no le importaban tus explicaciones; al parecer iba a verte a ti, nada más. Para colmo, la clase entera estaba al tanto de la anómala situación y, ante tu perplejidad, la apoyaban con entusiasta complicidad.

Una mañana, cuando aún jugabas a ser imparcial, le preguntaste la lección del día anterior. Pasaban los segundos en ese silencio tan incómodo para el alumno como para el profesor y María José no respondía nada, sólo te miraba con los ojos muy abiertos, pálida. Estaba pasando un mal rato y tú tuviste una repentina conciencia de tu crueldad. Ya te disponías a ayudarla cuando, con la voz algo temblorosa, te preguntó si te gustaban las cerezas. No hubo ni risas ni murmullos en las filas: aquellos irresponsables aburridos se preparaban a degustar una escena de la que no querían perderse el menor detalle, ya resultara trágica o cómica. Tú te habías quedado literalmente sin habla.

Pronunciaste un dubitativo sí, y antes de recuperar los reflejos y extenderte sobre la conveniencia de no mezclar cerezas con Literatura Española, María José se levantó de su asiento y depositó sobre tu mesa una bolsita de plástico llena de aquellas frutas. Tú te quedaste mirando la bolsa con la expresión alelada de un boxeador noqueado en frío, y ella se retiró entre una cerrada ovación, como suele decirse. Murmuraste las gracias.

Repartiste la cerezas en la sala de profesores y a partir de entonces los compañeros empezaron a referirse a María José como tu enchufada, tu paniaguada y hasta tu novia. No te molestaba: eran bromas nada más, bromas entre adultos que conocían a Raquel, pero bromas curiosamente desprovistas de salacidad, lo que era extraño entre hombres solteros. Respetuosas y bienintencionadas, como si todos ellos supieran más de lo que reconocían o

como si se hubiesen dejado contagiar por el vago aire romántico que invadió el instituto aquel curso.

Tú te aferrabas a tu línea defensiva: la puerilidad de María José, la chiquillería de enamorarse de un profesor, de un adulto; pero recuerda que sólo le llevabas diez años. Supiste que sus padres estaban separados, que el padre vivía en Madrid y que ella no le veía apenas, y creíste haber dado con el problema: carencia de figura paterna, transferencia afectiva, sublimación o lo que fuere. Quisiste ser profesional, íntegro y ecuánime: había que desalentar enérgicamente cualquier fijación -recuerda que la atroz palabra era tuya, no mía- de las alumnas adolescentes. Pero en las languidecientes fiestas de convivencia entre profesores y alumnos, ella te seguía como un perrito por la cancha de baloncesto, entre las largas mesas llenas de cervezas sin alcohol y patatas fritas.

Uno de los fines de semana en que Raquel vino a verte, te comunicó que había decidido dejar de tomar anticonceptivos, y sacó del bolso un paquete farmacéutico con unos repugnantes objetos que siempre te habías negado a usar. No le hubiera costado nada dar una explicación, decir que lo hacía por consejo del médico o cualquier otra cosa. No tenía que ver con el hecho en sí: hubiera sido una cuestión de cortesía, una deferencia elemental; sin embargo te lo planteó como un asunto con el que tú no tenías nada que ver. Aquel día te emborrachaste solo y no quisiste hacer el amor con ella. Raquel te miraba tranquila, segura de que tu abyección acabaría triunfando sobre aquel conato de rebeldía, como así fue. Recordaste esta escena unas semanas después, hacia el final del curso.

Estabas en la sala de profesores a tu hora de guardia, solo, cuando entró María José Rodríguez cojeando. Hacía ya demasiado calor para usar medias y, según te dijo, unos zapatos nuevos le habían hecho una herida en el talón. El botiquín estaba en la sala de profesores y ella venía en busca de una tirita para proteger la herida. Le advertiste sobre el riesgo de una infección y te ofreciste a ponerle un poco de alcohol en la rozadura antes de cubrirla con el tafetán. Le sujetaste el tobillo con tu mano izquierda, que casi lo abarcaba. Gimoteó al entrarle el alcohol en la herida y tú soplaste para evitarle el escozor, o quizá para seguir sujetándole el pie unos segundos más y seguir tocando aquellos huesecillos frágiles cubiertos por carne suave. Era la primera vez que la tocabas, y lo que sentiste al hacerlo no fue la ternura impersonal que se siente hacia una niña. Tampoco era deseo en sentido estricto, sino una necesidad de cuidar y proteger, inédita en tu relación con Raquel, que sabía cuidarse y protegerse muy bien. Era lo que siente cualquier animal macho hacia su hembra, no hacia su cría. No se disfrazaba de mujer, Jorge; era una mujer. No era pueril porque escribiera en color verde o te regalara cerezas: era ignorante, y sus recursos torpes y limitados, pero era una mujer y aquellos eran recursos de mujer. No logré que lo entendieras entonces; ahora te lo pongo aquí, en negro sobre blanco, para que no dejes de tenerlo presente nunca: era una mujer y te quería.

Suspendió varias asignaturas en los exámenes finales y quizá fue también por ti, para seguir en segundo, porque todos los alumnos sabían que no dabas clase a tercero. No intentaste hacer nada por ella, aunque el compañero de Física se ofreció a aprobarla si tú querías. Comentaste desdeñosamente que lo mejor para ella sería encontrar novio, casarse y no perder más el tiempo en el instituto. Al terminar la sesión de calificaciones volviste al pueblo caminando. María José iba delante de ti: falda blanca, camisa azul marino, los libros apretados contra el

pecho. Las mujeres -hasta las de dieciocho años- tienen un extraño talento para saber lo que pasa a sus espaldas. Supiste que te veía tan claramente como si hubiera vuelto la cara hacia ti. Retardaba el paso para que la alcanzaras, inclinaba la cabeza hacia el suelo y te pareció ver que sus hombros se sacudían levemente, como si llorase. Ya hemos hecho tú y yo demasiados pactos vergonzosos y ahora me toca hablar a mí. Recuérdala intentando llamarte, suplicándote una palabra sin contar siquiera con la ayuda de sus ojos o de su cara mientras tú cruzabas de acera y te detenías ante un escaparate de motores de agua y riegos por aspersión.

Aquel mismo verano le pediste a Raquel que se casara contigo. Podría trabajar en su tesis tranquilamente, tú la ayudarías. No tendría que esforzarse mucho en las cosas de la casa: contrataríais a una mujer y tú harías el resto. Comprarías un coche para que no sintiera ahogada en el pueblo. Raquel te dejó creer que todo había sido idea tuya.

El año siguiente María José Rodríguez no se matriculó en el instituto. Te dijeron que se había ido a Madrid con su padre. No volviste a verla hasta dos años después, en Florencia.

A pesar de los altos precios de Italia, vuestras economías habían permitido que los cheques de viaje desaparecieran a un ritmo menos rápido que el esperado y decidisteis daros el pequeño lujo de comer en un buen restaurante. Os había llamado la atención uno, cerca de Piazza della Repubblica, que combinaba un aire rústico con una clientela evidentemente opulenta. Aún recuerdas el menú: risotto verde, tortilla de zucchini e hígado a la plancha; todo tan delicioso y tan caro como cabía esperar. Raquel se tomó su café deprisa: había quedado con alguien para dar un paseo en coche de caballos o para subir a la cúpula del Duomo, no recuerdas. Tú te demoraste ante una copa de grappa helada, retrasando la pereza de salir al calor. No sabías que faltaban menos de dos horas para volver a ver a María José Rodríguez.

Cuando saliste del restaurante doblaste en dirección a Piazza della Repubblica. No recuerdo el nombre de la calle, pero sí que el sol venía de tu izquierda y que los adoquines tenían un brillo de hierro fundido, y recuerdo que el muro de tu derecha estaba cortado en dos partes por una oblicua línea de sombra: fría penumbra azulada debajo, brillo dorado de piedra arenisca encima. Y también recuerdo, y te hago recordar, que la calle no desembocaba directamente en la plaza sino en una calle transversal cuyos edificios cortaban la perspectiva.

Hay jardines que se parecen a otros jardines y casas que recuerdan a otras casas. Hay incluso calles o barrios enteros o amplios paisajes que se asemejan a otras calles, barrios y paisajes. Pero éste no era el caso: no hay ningún parecido entre Tolmera, el pueblo donde vives, y Florencia, donde estuviste una vez hace cinco años. Y sin embargo...

Voy a intentar explicarte: la calle de los Herradores -muros de piedra, sombra a tu derecha, perspectiva cerrada al final- tiene, especialmente en las primeras horas de la tarde, la misma sensación de la calle florentina. No tiene su longitud ni su anchura ni su pendiente; la forma y el tamaño de sus edificios no pueden ser más disímiles, pero, por algún misterioso mecanismo de la percepción, olvidaste o no reparaste en sus diferencias y ambas calles imprimieron en ti la misma huella, provocaron la misma respuesta. Podría decirse que, en ese fondo del espíritu donde se segregan las sensaciones que están por debajo del umbral de los sentidos, las dos calles son para ti la misma.

La semejanza, por grande que sea, nunca llega a ser identidad, pero la identidad' desprecia tanto el mero parecido como la falta de parecido, y tiende sus puentes secretos entre las cosas. ¿Comprendes ahora tu miedo, tu resistencia a subir por la calle prohibida durante los últimos cinco años? Preferiste quedarte a la puerta del tabú, es decir, preferiste prolongar indefinidamente los minutos inmediatamente anteriores a tu encuentro con María José Rodríguez. Quisiste seguir creyendo que al final de la calle de los Herradores se abría la Piazza della Repubblica y que tu oportunidad estaba aún en el aire. No pudiste permitir que la moneda cayera, otra vez, del lado de tu vergüenza y de tu fracaso.

Esta tarde he hecho algo por ti. He subido por la calle de los Herradores a eso de las cuatro. Traspasé el punto crítico, el lugar donde la sombra oblicua se junta con el suelo, y seguí caminando. Torcí la esquina de la izquierda y, en un primer momento, me deslumbró la fuerte luz. Entonces recordé que solías llevar gafas de sol en el bolsillo de la camisa y me las puse. No me extrañó no encontrar el murete de la iglesia de San Antonio ni la fuente de piedra ni la casa solariega de don Jaime Sedaño. Estaba allí de vuelta. Volví para podértelo contar.

Había poco tráfico a aquella hora: sólo algún solitario taxi y una o dos calesas que transportaban turistas de un lado a otro de la ciudad vieja. También eran turistas los que curioseaban los lujosos escaparates de ropa o hacían cola ante las heladerías climatizadas de las que brotaba una suave música de violín. Salvo los taxistas, los cocheros y los camareros que atendían los veladores de las terrazas, no había italianos en Piazza della Repubblica; recuerda que sólo era posible verlos en algún parque periférico, a la caída de la tarde.

Me dirigí hacia el lado meridional de la plaza - algo teatral, un poco a lo Verdi - en busca de sombra. De pasada vi mi imagen reflejada en una vitrina, tal como eras hace cinco años: más delgado que ahora, bronceado por las caminatas bajo el sol, vestido con camisa y téjanos blancos que ya no te atreves a ponerte. Rocé con la punta de la lengua una muela que ya no tienes y sentí en la muñeca el peso del reloj que te regaló tu padre y que dejó de funcionar súbitamente hace un par de años. Escogí la mesa de la acera del café -no puedo decirte el nombre del café, porque tú no lo recuerdas y yo me nutro de tus recuerdos-, pedí un medio litro de cerveza de barril y empecé a beberla con calma, sabiendo que ella no llegaría hasta mediada la segunda jarra.

Fue puntual. Perdona, qué frase tan absurda acabo de escribir: no pretendo hacer chistes involuntarios. Quiero decir que llegó justo cuando tenía que llegar, como no podría ser menos. Saboree especialmente aquellos momentos, de duda primero - tu vista nunca ha sido demasiado buena - y de certeza después. En los países extranjeros siempre vemos personas que nos parecen conocidas. Luego pensamos que no puede ser, allí, tan lejos, y efectivamente no puede ser, no es la mayor parte de las veces. Pero hoy en día, en pleno mes de agosto, es más fácil encontrarse con un vecino en el centro de Florencia que en la propia plaza de vuestro pueblo. Todo el mundo quiere ir a Florencia, hasta tú mismo estabas allí.

Primero fue la delicada silueta, la faldita blanca y la blusa azul, tan parecidas a las que llevaba la última vez que la viste, dos años atrás. Luego el pelo castaño, naturalmente rizado, que te había hecho volver los ojos hacia ella cuando leíste en clase el soneto "Suelta mi manso". Tenía entonces dieciocho años; ahora tendría veinte, siempre diez menos que tú.

No merecías otra oportunidad, pero la tuviste aquella tarde en Florencia. Para ti, una tarde ya lejana; para mí, esta misma tarde de hoy, cuando la vi despedirse de una mujer que formaba parte de un grupo de turistas y pasear la mirada por la terraza del café en busca de una mesa vacante. Mi corazón lo supo antes que yo, y esto no es una de esas metáforas que aún siguen languideciendo más allá de la frontera de la cursilería: es una mera constatación fisiológica. Una fracción de segundo antes de saber que se trataba realmente de ella, las sístoles y diástoles empezaron a atropellarse unas a otras de un modo alocado e incontrolable. No sé si a ella le sucedió lo mismo: palideció y miró rápidamente a derecha e izquierda en busca de un refugio que no estaba allí. Se quedó de pie ante mi mesa, inerte, como se quedan las personas tímidas cuando se las sorprende sin un pañuelo o una guía turística a la que dar vueltas entre las manos, sin unas gafas, sin nada que hacer o adonde ir.

Tú entonces, acuérdate, consideraste oportuno romper el incómodo silencio. Hiciste gala de tu autodomínio con ese tono patéticamente jovial, tan de adulto, que sirve para establecer la ocultación y la mentira. Yo en cambio dejé fluir el silencio entre los dos porque era el único modo de no insultarla, de no escapar de vuestra verdadera relación hacia aquella otra, ficticia o postiza, recomendada por la conveniencia y la cobardía.

Tú le ofreciste vagamente una silla que no aceptó. Yo la obligué a sentarse junto a mí. Tú pensaste en Raquel: la mujer que quizá en aquellos mismos momentos no estaba en Fiesole ni en el Giardino dei Boboli, sino bajo el cuerpo de Sainz Calvo. Yo sólo pensé que amar no es un acto tan involuntario o tan inmerecido como el Romanticismo y sus residuos nos han hecho creer. Pensé que también requiere fe y valentía.

No quisiste mitigar su despecho. Permitiste que aquel encuentro se convirtiera en el saludo casual de dos personas superficialmente conocidas. Su grupo tenía dos o tres horas para ver la ciudad y aún tenían que visitar la torre de Pisa antes de irse a dormir. Tú le recomendaste una heladería y la dejaste marchar.

Como dice Carlos Alberto Durand, todo aquel que escribe lo hace desde un lugar inexistente. Escribir es enviar cartas desde ese lugar al lugar donde uno vive de veras. Por eso yo he estado esta tarde en la inexistente plaza florentina que hay al final de la calle de los Herradores, en Tolmera. He estado allí para coger con fuerza la muñeca de María José Rodríguez cuando intentó levantarse de la silla y para decirle que, si aún no era tarde, ya tenía el valor y la fe suficientes para amarla. He estado allí para recibir lo que ella quisiera darme: una esperanza, un número de teléfono o un rechazo. Pero no para que se me marchara como se te marchó a ti. Así te lo dejo escrito sobre tu mesa de trabajo. Lee mañana esta carta y decide tú mismo si realmente la vida es tan dulce porque nunca regresa, o no.